

SERVICIO
SECRETO

SS

JAOUE MATE AL ALMIRANTE

Ralph Barby

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS





Ralph Barby

Jaque mate al almirante

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1573

ePub r1.1

Lds 18.01.19

Título original: *Jaque mate al almirante*

Ralph Barby, 1980

Cubierta: Norma

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

El conserje del hotel la vio acercarse al mostrador y no pudo por menos que sonreír. Se preciaba de conocer a las mujeres, especialmente a las jóvenes y hermosas.

—¿Está la señorita Ondina?

El conserje amplió su sonrisa. Se volvió hacia el tablero de llaves y viendo que faltaba la que él buscaba con la mirada, dijo:

—Sí.

—Dígame cuál es su habitación, voy a verla.

—¿Quién le digo que quiere visitarla?

—Marta.

—¿Marta, solo?

—Sí, es suficiente, soy su hermana.

—Ah, su hermana...

Descolgó el teléfono, marcó y esperó; su gesto se hizo un tanto preocupado. Al fin se volvió hacia Marta sin colgar, mostrándole el auricular.

—No contesta.

—¿Puede estar en el bar?

—Sí, sí puede estar allí. Mejor que vaya a ver si la encuentra, las otras gaviotas andarán también por el bar.

—¿Gaviotas?

—Disculpe, es que las llaman así.

—¿Ha tratado de insultarlas? —preguntó Marta, enarcando las cejas de una forma que no agradó al conserje. De pronto comprendió que Marta no era una de las que él y muchos otros llamaban «gaviotas».

—No, no, nada más lejos de mi intención —se disculpó.

—Voy a ver.

Marta se dirigió al bar y al restaurante después, buscando a un lado y a otro con la mirada. Ondina no se veía por parte alguna.

Salió a los jardines y también la buscó por la piscina. Un tanto molesta, resopló y decidió volver a la conserjería del hotel.

—No he encontrado a mi hermana por parte alguna.

—Es raro, su llave no está aquí. Además, la hubiera visto salir.

—¿Comparte la habitación con alguien?

—Un momento...

El conserje consultó el libro de registros y dijo:

—No está sola, pese a que es una habitación de cama doble.

—Me hospedaré en la misma habitación.

—¿Quiere que le haga el registro correspondiente?

—Sí, claro.

Le prepararon el libro. Marta firmó y el empleado llamó a un botones.

—Coge el equipaje de la señorita —le ordenó.

El equipaje se había quedado a la puerta de entrada tras ser bajado de un taxi.

—¿Y la llave? —inquirió Marta.

—No se preocupe, yo llevo otra llave conmigo. Como usted va a compartir la habitación con su hermana, la emplearé.

Acompañada por el conserje y el botones. Marta subió en el ascensor hasta el tercer piso. Se detuvieron ante la habitación trescientos catorce.

—No obstante, por si hubiera ocurrido algo al teléfono, lo que considero muy improbable, llamaré.

El conserje golpeó con los nudillos. Aguardó, mas no obtuvo respuesta. Hizo un gesto expresivo y significativo y optó por utilizar la llave maestra. Franqueó la puerta e hizo pasar a Marta primero.

La recién llegada observó cierto desorden en la estancia. La cama estaba deshecha y había varias prendas tiradas por el suelo. Olía a perfume de jazmines y se oía un rumor de agua procedente del cuarto de baño.

El conserje se acercó a la puerta del baño y llamó con los nudillos, aunque le bastó empujar para que la puerta se abriera. Había poca luz, sólo la que entraba por la puerta, pues el cuarto tenía un respiradero canalizado, Sin ventana al exterior.

—Creo que se ha dejado el grifo de la bañera abierta —dijo el

hotelero.

Al llenar de luz la aséptica estancia, observó que las cortinas de plástico de la bañera estaban corridas. Se acercó a ellas, las apartó y descubrió que la bañera estaba llena de agua.

El grifo estaba abierto, aunque en escasa cantidad, por lo que el exceso de agua era absorbido por el conducto que evitaba que el agua rebasara el límite superior de la bañera.

—¡Ah!

Ahogó un grito, pero Marta, al oírlo, se acercó.

—¿Qué ha pasado?

El conserje señaló la bañera. Dentro había una mujer desnuda, sus cabellos flotaban.

Tenía los ojos cerrados y la cabeza quedaba por debajo del nivel del agua.

—¡Ondina!

El grito escapó de su garganta, dolorosamente agudo.

Hizo el gesto de hundir las manos en el agua para sacar de ella a su hermana, mas el conserje la contuvo sujetándola con firmeza.

—No, no toque nada, es cosa de la policía. Discreción, por favor, discreción.

Como si acabara de recibir un mazazo en la cabeza, Marta comprendió que era cierto, no debía tocar nada. La policía tenía que averiguar lo que había sucedido allí.

—¡No es posible, no es posible!

El conserje se daba cuenta de los problemas que iba a ocasionar aquel descubrimiento, sólo faltaba que la recién llegada lo voceara a gritos. Por ello, la empujó a la alcoba propiamente dicha y la hizo sentar en una butaca que allí había.

—Por favor, por favor, cálmese —le pidió.

—Ondina, Dios mío, Ondina...

El conserje descolgó el teléfono para pedir:

—Subid un coñac o mejor, una botella, dos copas y dos cafés a la habitación trescientos catorce, en seguida. —Colgó y marcó otro número distinto—. Señor director, señor director, escúcheme...

Marta ya no le oía, su mente se había llenado de confusión.

Ondina, su hermana mayor, se había desgajado muy pronto de la familia. Siendo casi una niña, se había casado con un marino de la Navy USA. Había seguido a su marido de puerto en puerto,

esperando sus llegadas para estar al máximo de cerca de él.

Ondina le había escrito y citado para un encuentro. Las dos hermanas ya no tenían padres y pese a la separación y la distancia, en opinión de la propia Marta seguían muy unidas.

Necesitaba meditar... ¿Por qué le habría pedido Ondina que fuera a reunirse con ella?

Quizá ya no lograra averiguarlo nunca, nunca.

CAPÍTULO II

Arrancó un fósforo del sobrecito y lo raspó.

La llama de color anaranjado fue detenida en la punta del cigarrillo.

Michel tenía unos ojos verde claro que contrastaban con el color oscuro de sus cabellos lacios y abundantes, unos cabellos que no pasaban por el peluquero y que solía llevar peinados con cierto descuido.

No parecía preocuparse demasiado por un pelo que, por su aspecto un tanto salvaje, le hacía más varonil, más hermoso como ejemplar masculino.

—Me pagan bien.

Michel observó a la mujer a través de la columnita de humo.

Conocía a Priscy, una chica alta, con modales de la *high life* americana.

Era una mujer de mundo, no una tontuela estúpida capaz de estar esperando cualquier barco de la Navy estadounidense en algún puerto del mundo, saltando como un simio y agitando una cabeza llena de ricitos.

Priscy tenía clase, se le notaba, pero había un pliegue amargo en la comisura de sus labios que le costaba disimular. Había perdido mucho de la frescura que Michel conociera en aquel bello ejemplar de mujer.

—¿Tan bien como para no pensar en otro tipo de vida?

—Mira, Michel, una cae en esto apenas sin darse cuenta o, por lo menos, así me ocurrió a mí. Fui maniquí y modelo fotográfica: gané un concurso de belleza, pero perdí el título nacional porque salió otra más hermosa que yo o, por lo menos, así lo convino el jurado.

—Y te propusieron otra clase de trabajitos...

—Así es —asintió Priscy sin que Michel hubiera hecho su observación en tono de pregunta. No había ninguna agresividad en la forma de hablar del hombre de los ojos verdes y el cabello negro.

El ambiente que les rodeaba era casi de penumbra.

Los focos con colores intermitentes sólo bombardeaban con sus fotones policromos la pista de baile y la música sonaba alta, aunque no en exceso.

Cuerpos de hombres y mujeres se contorsionaban con cierta medida, ya que allí todos tenían unos cuantos años encima.

Michel podía ser de los más jóvenes del local, exceptuando a la mayoría de las mujeres.

—¿Quién te metió en esto, Priscy?

—Verás, la cosa comenzó con una revista, ya ni me acuerdo cuál era. Dijeron que yo caía muy bien y que podía salir en portada recibiendo a los muchachos de la Navy. Yo aparecía en la playa en bikini y ellos me rodeaban y me alzaban como a una deseada heroína. Era algo como para caer bien a los muchachos de la Navy. Después me propusieron más fotos, recibiendo a la flota en Southampton, en Nápoles, en Barcelona... La cuestión fue que conocí a las gaviotas.

—Las gaviotas... Esas mujeres que vuelan de un país a otro, de una ciudad a otra, en buenos aviones Charter o de línea, hay dinero para todo y siempre llegan a los puertos antes que la flota que atraca para hacer visitas a países supuestamente amigos o de la NATO.

—Así es. Recibimos orden de viaje cuando ellos ya se han ido y viajamos, lo cual resulta divertido hasta que te cansas. Cuando te despiertas por la mañana, ya no sabes en qué país te encuentras ni en qué idioma has de entenderte; el caso es que cuando aparecen los barcos con las barras y estrellas, nosotras ya estamos en la ciudad y vamos a recibirlos. Luego hay fiestas, salidas nocturnas, bacanales... ¿por qué no decirlo? —sonrió con un deje de amargura—. Hay de todo y los chicos lo pasan bien, vacían sus testículos demasiado tiempo llenos en alta mar. Es dura la vida en alta mar para los hombres o, por lo menos, eso es lo que cuentan ellos. Dicen que es como estar en la cárcel y que no son pocos los que, por excesiva carestía, prueban la homosexualidad:

—¿Te lo cuentan ellos?

—Uno me lo explicó, ya estaba bebido cuando se confesaba conmigo en la cama, sintiéndose impotente. Primero sentí un gran desprecio hacia él y luego una pena que me impulsó a acariciarle los cabellos. El me contaba que lo había probado; le habían dicho que sólo era algo pasajero y después, su sentido de culpabilidad, se manifestó con una impotencia manifiesta para el amor heterosexual.

—¿Y qué le dijiste?

—Que fuera al psiquiatra, ¿qué otra cosa podía decirle? La verdad es que ya no lo vi más y tampoco quise preguntar por él; temía que me dijeran que se había vuelto marica completo o que se había arrojado de cabeza al mar. —Suspiró—. Bueno, el caso es que apareció alguien que me propuso acudir a la llegada de los barcos USA de forma constante.

—¿Aceptando lo que se te propusiera?

—No te voy a contar que me drogaron. Me presentaron a un alto oficial muy elegante y bien parecido, yo no era ya una doncella y aquel hombre me cayó bien, creo que había empezado a enamorarme de él. Debía ir a recibirlo a cada puerto adonde él arribaba, así tendría diversión y entretenimiento fuera donde fuese. El se despreocupaba y cuando llegaba a un puerto, le decían en qué hotel estaría yo esperándole.

—¿Siempre el mismo?

—Una noche bebí demasiado y me lo cambiaron.

—¿Te diste cuenta?

—Para qué contar... Aquella noche tuve tres compañeros y al día siguiente me pagaron los tres servicios. ¿Qué iba a hacer, echarme a llorar? Era ya una zorra viajera, una furcia para marinos, el descanso del guerrero bien pagado. Sólo había que dejarse llevar en aquel tobogán y quedé integrada en el grupo de las gaviotas.

—Pero todas las gaviotas no son prostitutas, y disculpa por la palabra, no es mi intención ofenderte.

Priscy se encogió de hombros. Tomó un cigarrillo del paquete que se hallaba sobre la mesa y se encontró con un fósforo encendido entre los dedos de Michel.

—Hace tiempo que dejé de ofenderme por oír la verdad. —Suspiró y casi al mismo tiempo expulsó el humo que no había viajado más allá de su garganta hacia el interior del cuerpo—. Entre las gaviotas también van chicas sueltas; algunas son novias y

también hay esposas.

—¿No hay separaciones entre unas y otras?

—A veces sí, a veces no. Resulta más barato viajar en grupo, se contratan mejor las reservas en los hoteles, aunque las casadas suelen ir a hoteles distintos para no confundir y las que son *free-girls*, acaban integradas en el grupo de las profesionales.

—¿Quién es el proxeneta?

La mujer se encogió de hombros.

—Lo ignoro.

—¿De veras?

—Cierto, no lo sé y no creo que lo sepa ninguna. Nos guían una especie de cicerones que lo mismo son hombres que mujeres.

—¿Y cómo se cobra a los clientes?

—No lo sé, y me han recomendado que no haga demasiadas preguntas. La verdad es que sí aceptamos propinas o regalos si ellos quedan satisfechos.

—Pero vosotras, ¿cómo cobráis?

—Todas tenemos cuenta corriente y alguien al que no vemos ingresa dinero en ellas por servicio cumplido. Digamos que es menos feo entre el marinero y nosotros; así es como si nuestras relaciones tuvieran algo de romántico, algo de verdad.

—Entonces, ¿quién les cobra a ellos?

—Ya te he dicho que no lo sé y tampoco quiero preguntarlo.

—¿Cualquiera puede acercarse a vosotras?

—No, cualquiera no, ha de ser presentado por el cicerone de turno. Si no es presentado, debemos mostrarnos aparentemente castas como la más puritana.

—¿Y si alguna se desmanda?

—Desaparece del circuito.

—¿Y si insiste en seguir el periplo de los marinos yanquis por los puertos del mundo por su propia cuenta?

—Eso es muy difícil. Quien nos dirige a nosotras sabe mejor que los propios marines en qué puertos van a atracar los barcos y en qué fechas. Parece de risa, pero es como si tuviéramos una información propia de espías. Es cierto que en alguna ocasión la cita no se produce porque hay un súbito cambio de rumbo; pero de ordinario, quien dirige el grupo al que yo pertenezco, porque he oído que hay varios grupos, sabe mejor que los mismos capitanes los puertos

donde pueden atracar los barcos en fechas determinadas.

—Todo un burdel viajero, un burdel selectivo, eso sí es cierto.

—Para la mayoría de los muchachos, están las mujeres de cada ciudad donde recalán, pero para los que pueden pagar y entran en el ciclo de los seleccionados, están las gaviotas.

—Sois de primera clase.

—Sí, los oficiales nos reciben con agrado. Además, por lo que he oído a los gerifaltes les parecen bien las gaviotas porque son mujeres controladas, americanas en su mayoría y que no meten en líos a los oficiales.

—¿Y es verdad eso?

—¿El que no los metemos en líos?

—Sí.

—Pues, en parte, porque la droga anda metida de por medio.

—¿Os drogáis vosotras?

—¿Nosotras? La que más, marihuana, porque si a alguna la sorprenden con un «pico», ya sabes, drogas duras, desaparece del grupo. Las drogas son para ellos, así no tienen que almacenar droga en sus navíos y la tienen allá donde llegan.

—¿Y serías capaz de escribir todo eso en un reportaje?

—¡Nooo! —exclamó, asustada—. Te lo cuento a ti porque sé que eres un amigo, pero no quiero jugarme el cuello. Viajando tanto de un país a otro, ¿quién sabe en qué lugar puede quedar tu cadáver? Te echan un galón de gasolina encima, luego una cerilla y ya no hay quien reconozca tu cadáver. ¿Quién va a identificar el cadáver de una mujer quemada en Grecia. Italia, Francia, España o Marruecos, si ella es americana y no hay más que un cuerpo achicharrado y sin documentos?

—¿Sabes de algún asesinato de ese tipo?

—Yo no he visto nada, pero se comentan cosas cuando estamos a solas. Lo que sí he visto ha sido a algunas compañeras después de recibir una paliza y no es muy agradable.

—¿Y quiénes son los matones?

Priscy volvió a encogerse de hombros.

—Aparentemente, nadie nos vigila, nadie nos cuida, pero cuando una se pasa de lista, se encuentra con una desagradable visita y no siempre son los mismos tipos.

—Y salir de la red por voluntad propia es muy difícil, ¿no?

—Sí, un poco difícil aunque no imposible. Parece que hay que esperar a la jubilación, es decir, cuando ya no gustas y una nueva puede ocupar tu lugar. Entonces te dicen que puedes volver a tu casa o adonde te dé la gana, eso sí, con tu cuenta corriente saneada. No pagas viajes ni hoteles, aunque siempre se gasta bastante en vestidos, *souvenirs*, etcétera. Ya sabes que cuando se gana con abundancia, se gasta de la misma manera.

—Pero tú no quieres esperar a la digamos jubilación...

Priscy se echó a reír; era la suya una risa amarga y casi tosió por culpa del humo con el que se atragantó.

—Te preguntarás por qué me río.

—¿Tú qué crees?

—Que sí. —Tomó el vaso en el que tenía el *whisky* con hielo y bebió unos sorbos—. Al principio todas abrigamos la esperanza de encontrar a un oficial, a un hombre que se nos lleve como pareja y nos convierta en su esposa como buenas burguesitas; mas cuando pasa el tiempo y ves la realidad, dejas de soñar.

—¿No se ha casado nunca una gaviota con uno de los llamados clientes o bravos muchachos de la Navy?

—Sí, sí se han casado y se la han llevado lejos, muy lejos. Lo comprendes, ¿no?

—Sí, lo comprendo.

—Suelen ser tipos que dejan la marina por su propia jubilación o por otros motivos y no creo que soportaran bien que otros compañeros le contaran un día en alta mar las florituras que hacían en la cama con la esposa elegida.

—Lógico, todos llevamos a un sádico dentro; lo que sucede es que en ocasiones no lo manifestamos por miedo a que la víctima reaccione demasiado violentamente.

Ella alargó de pronto su mano y cogiendo la de él, preguntó:

—Michel, ¿me ayudarás?

CAPÍTULO III

Llovía sobre Génova cuando Marta abandonaba el cementerio. Se cubría con un paraguas rojo; sin embargo, tenía la impresión de estar calada hasta los huesos.

Sentía en su cuerpo más frío del que realmente hacía, era como si se hubiera dormido en la bodega de un barco congelador y temía ir a desmayarse de un momento a otro.

¿Cuándo había comido por última vez? Ni lo recordaba.

—¡Signorina! Volvió la cabeza.

Bajo un paraguas grande, tan grande que semejaban las alas de algún pajaraco de mal agüero, había un hombre bajo, ancho de hombros.

Se le veía fuerte aunque fuera bajo de estatura.

—¿Sí?

El desconocido le mostró un carnet.

—Comisario Berzonne. ¿Permite que la acompañe hasta el hotel?

Viendo que era un comisario y pensando que él podía decirle algunas cosas sobre la extraña muerte de Ondina, Marta aceptó con un movimiento de cabeza.

El comisario plegó su paraguas y señaló el automóvil policial cuyo motor estaba en marcha.

Frente al volante había un agente.

—Supongo que le ha sido notificado, o le será comunicado en breve, que la muerte de su hermana ha sido un accidente —le dijo, notándosele mucho su acento italiano.

—¿Un accidente?

El comisario sacó una pitillera de piel y le ofreció tabaco. Marta lo rechazó con un movimiento negativo de cabeza.

El hombre encendió el cigarrillo con su encendedor electrónico a gas; luego, observó:

—Hubiera sido más desagradable calificarlo como suicidio. ¿No lo cree así, signorina Hamilton?

—¡Mi hermana no se suicidó! —replicó con una picazón de ira en su garganta; no podía aceptarlo.

—Ya, ya —asintió el comisario, expulsando el humo que había llegado a su estómago mientras el vehículo se adentraba en la ciudad—. Es lo que yo creo, signorina, pero por encima de mí están mis superiores y el juez, por supuesto, quien podía haber calificado este caso como suicidio debido a las circunstancias.

—No se suicidó —insistió Marta.

—Menos mal que no dejó ninguna misiva. Por lo visto, el médico forense encontró droga y alcohol, una peligrosa mezcla, en el estómago y en la sangre de su hermana. Mala cosa tornar droga y beber demasiado... Al introducirse en la bañera, su hermana debió sufrir una lipotimia, porque en realidad la muerte ha sido por asfixia bajo el agua, su cuerpo no presentaba golpe alguno, es decir, no cayó en la bañera ni fue empujada. Comenzó a bañarse y es sabido que al estar dentro del agua descende la presión sanguínea, máxime si el agua está caliente. Debió de marearse y drogada y alcoholizada como estaba, se hundió sin ofrecer resistencia. No creo que sufriera en su muerte.

—De todos modos, ha sido horrible.

—Es cierto. La verdad es que a la policía le ha interesado la droga que tomó; el alcohol es lo de menos, puede comprarse en el bar del propio hotel.

—¿Han encontrado droga entre sus pertenencias?

—En absoluto. Hemos investigado y si su hermana tomó droga, debió de comprarla en alguna parte; lo cierto es que nos gustaría saber dónde.

—A mí ya no me importa.

—A la policía sí le importa encontrar a los traficantes de droga, aunque siendo su hermana extranjera, pudo comprarla en otro país o proporcionársela otro súbdito extranjero.

—Sus amigos eran americanos.

—Sí, sí, claro, americanos, aunque no todos. Naturalmente, no podemos investigar entre los marinos de la Navy, ni siquiera

podemos pasar nota a la Embajada americana alegando solo sospechas y no hechos que permitan intervenir a la Military Police USA.

—¿Cree que la droga se la proporcionó un marino yanqui?

—Es muy probable, mas no podemos asegurarlo. De todos modos queda claro, si no se presentan otras pruebas en su contra, que su hermana no era traficante en drogas, sólo consumidora, aunque fuera de forma provisional. Tuvo mala suerte; no se puede mezclar la droga con el alcohol y meterse dentro de una bañera con agua caliente.

—Sí, creo que eso no se puede hacer y, desgraciadamente, Ondina lo hizo.

Marta notó un nudo en la garganta y, de pronto, recordó que salvo el horror ante el descubrimiento de su hermana muerta, la congoja aún no la había atenazado y no había llorado.

Se le humedecieron los ojos, notó que iba a llorar y se cubrió el rostro con ambas manos.

—Lo siento, signorina. Si quiere que nos apeemos en algún bar para tomar algo...

—No —denegó, ayudada por movimientos de cabeza—. Lléveme a mi hotel. El día acompañaba a la congoja.

Aquella lluvia fea y sucia que caía sobre la ciudad no era ni melancólica, ya que carecía de romanticismo.

La policía la dejó y Marta se refugió en el hotel.

No almorzó; quiso dormir, pero el insomnio hundió sus garras en su cráneo, en su nuca y en su corazón.

Pensó en tomar un somnífero.

Se acordó de la desagradable muerte de Ondina y se abstuvo.

¿Sería un somnífero lo que había tomado Ondina? Era mejor pensar en un somnífero que en droga; quizá la policía no había hallado el recipiente del somnífero porque Ondina, una vez consumido, lo arrojó a alguna parte, una papelería, una alcantarilla o quién sabía dónde, podían ser tantos lugares, pero ¿qué más daba ya?

Comprendió que no podía pasarse todo el tiempo encerrada en la habitación del hotel que, por otra parte, semejaba empequeñecerse más y más a cada minuto que transcurría, amenazando con aplastarla.

Optó por ducharse.

Había cogido cierta aprensión a la bañera que esperaba que se le pasase en unos días.

Se duchó largamente, buscando la caricia que le proporcionaba el agua, casi un masaje que duraba minutos, golpeando su nuca y resbalándole por toda la espalda.

No hacía frío allí dentro y cuando abandonó el cuarto de aseo se sentía mucho mejor.

Se sintió débil y fue consciente de que debía comer algo, aunque fuera un sándwich, no podía alimentarse de bebida. La muerte súbita y dramática de Ondina la había afectado profundamente.

En el *snack* había bullicio.

Vio a un buen número de mujeres, las había que estaban solas, leyendo alguna revista, o en grupo, conversando.

Notó que varias la miraban de reojo.

Cuando ya estaba consumiendo un bikini doble, se le acercó una de ellas.

—¿Eres la hermana de Ondina? Marta se volvió.

—Sí. ¿Eres, digo, eras amiga suya?

—Ajá.

Marta agradeció que aquella mujer alta, de líneas finas y sensuales, líneas de pantera, se sentara a su lado.

—¿Muy amiga suya?

—Ajá. En muchas ocasiones compartimos la habitación. Yo sabía que tenía una hermana llamada Marta. ¿Eres tú?

—Sí.

—Siempre me decía que eras muy bonita y la verdad es que lo eres y mucho.

—Gracias, pero ahora...

—Hubiéramos querido ir al cementerio, pero nos enteramos tarde de lo que le ocurrió a Ondina.

—Comprendo —dijo, evasiva, pues no acababa de entender. Si eran sus amigas, podían haber estado un poco más cerca de la pobre Ondina en la hora de su entierro—. ¿Qué puedes decirme de Ondina?

—¿Decirte? Pues que era una chica alegre.

—Sí, siempre fue muy alegre.

—Ultimamente estaba un poco... bueno, como ausente. Le

gustaba estar más a solas y no se confiaba a las compañeras.

—¿Por eso no compartías su habitación?

—Sí, algo de eso había.

—Supongo que ahora le comunicarán al marido de Ondina que ella... —Marta vaciló de nuevo, la congoja subió a su garganta.

—No, no se lo dirán.

—¿Por qué?

—Ondina estaba divorciada. ¿No lo sabías?

—¿Divorciada? —repitió, muy sorprendida.

—Sí.

—No lo sabía.

—Eso me he figurado.

—¿Y desde hace mucho tiempo?

—Casi dos años.

—Dos años... —Marta rebuscó en su memoria, pero no, recordaba nada. En todo ese tiempo no se habían visto, sólo por cruzarse cartas se creían muy unidas.

—¿Te extraña?

—Sí y me pregunto: ¿Qué hacía entre las gaviotas, si ya no venía a buscar a su marido a los puertos donde atracaba?

—Ondina era una gaviota, sí, pero digamos que de las consideradas complacientes. Yo también soy una de ellas.

—¿Quieres decir que recibía a distintos hombres?

—Ajá.

—No puedo creerlo.

—¿No te han hablado de la cuenta corriente?

—¿Qué cuenta corriente?

—Las gaviotas complacientes que tratamos de mezclarnos con las otras, me refiero a las esposas para poder viajar con menos dificultad, tenemos cuentas corrientes y algunas son muy saneadas. Ese dinero tendrá que heredarlo alguien.

—No sabía nada. Supongo que el juez me entregará todos los efectos que fueron requisados para la investigación.

—Sí, supongo que sí. Por cierto, alguien quiere verte.

—¿A mí?

—Se trata de un estudio fotográfico. —Consultó su reloj—. Ahora estará allí; si quieres, vamos.

—¿Estudio fotográfico, dices?

—Sí, es un estudio artístico. Ondina había pasado por él cuando tocábamos este puerto. Ya sabes que viajamos mucho.

—Sí, lo sé, pero eso del estudio fotográfico...

—No temas, no se trata de pornografía. Bueno, no te negaré que él pueda hacerla, pero no se trata de eso ahora.

—¿De qué se trata, pues?

—Creo que estaban interesados en que tu hermana hiciera un trabajo.

—¿De qué tipo?

—No lo sé, pero tú te pareces mucho a Ondina.

—¿Tú crees?

—Sí. No sois gemelas, por supuesto, pero os parecéis. Anda, ánimo.

Marta se dejó llevar. Por otra parte, estaba intrigada por conocer la vida que llevara su hermana, que comenzaba a presentarse muy complicada.

—¿Cómo te llamas?

—Priscy.

Tomaron un taxi que les condujo a la dirección dada por Priscy.

Ya no llovía, pero las calles estaban mojadas. Caía la noche y aunque no hacía frío, tampoco resultaba agradable permanecer demasiado tiempo en la calle sin hacer nada.

—Ciao, signorinas, y gracias —saludó el taxista, guiñando un ojo a las dos bellas mujeres. Se internaron en una escalera amplia y lujosa, aunque era antigua, los mármoles, las maderas macizas y de calidad, daban porte a la escalera y a los rellanos.

«Fotógrafo artístico», indicaba la placa sobre la puerta de caoba.

Después de la llamada, abrieron y apareció ante ellas un hombre de rostro aniñado y abundantes cabellos rubios llenos de ricitos que saludó a Priscy muy efusivo.

—Hola, encanto.

—Te presento a Marta, es la hermana de Ondina.

—Ah. Ondina. Ondina...

Cogió a Marta por los hombros y la besó en ambas mejillas, como si él fuera una chica más.

Marta no reaccionó en contra y lo dejó hacer. Obviamente sus gestos eran muy amanerados y sus tonos de voz indicaban claramente cuáles eran sus tendencias sexuales.

Aquel piso era de techos altos y estancias grandes. En lo que debía haber sido el salón, estaba el plato principal para hacer fotografías. En otra estancia se oían risas femeninas. No estaban solos: otras personas iban de un lado a otro.

—Querida, busco a una chica que se parezca a la de unas fotografías que tengo.

Marta se dejó llevar. El fotógrafo llamó a una *esthéticienne* que examinó a Marta con atención, le tocó el cabello y puso mucha atención en los ojos.

Miraron la fotografía. Marta tuvo curiosidad por verla y quedó muy sorprendida.

—¡Es Ondina!

—No, no es Ondina —se sonrió el fotógrafo—. Este retrato tiene ya más de veinte años, fíjate en la fecha que tiene escrita.

Efectivamente, la foto tenía más de veinte años, Marta inquirió:

—¿Quién es?

—No lo sé.

—¿Y por qué buscan a quien se parezca a ella?

—Un capricho.

—¿Suyo?

Priscy le recomendó:

—No hagas preguntas, no es bueno hacerlas.

—Sin embargo, ¿por qué he de parecerme a esa mujer del retrato?

—Saldrás ganando, ya lo verás.

Marta tuvo la impresión de que en todo aquello se ocultaba algo en lo que podía haber estado involucrada su hermana. ¿Sería aquélla la razón por la cual le había escrito que quería verla?

Le arreglaron el cabello, las cejas, le pintaron los labios y los ojos apropiadamente... Tuvo que vestirse con las ropas que le dejaron y que eran muy parecidas a las que aparecían en la fotografía. Posiblemente, la modista las había confeccionado basándose en el retrato. Incluso, los zapatos eran los mismos y el conjunto se complementaba con una boina muy coqueta.

—¿Cuántos años tienes, querida?

—Veintiuno.

—Magnífico, corresponde... corresponde... —Palmoteo el fotógrafo de los ricitos rubios.

—¿A qué?

Sin responderle, la cogió de la mano y la condujo al plato. Como fondo había una fotografía mural de la ciudad.

—Vas a estarte quietecita... Primero de frente, luego del lado derecho, después el perfil izquierdo... ¿Has sido alguna vez modelo fotográfica?

—No.

—Priscy, muévete como si te hiciera las fotos a ti, querida haz lo mismo que ella, más o menos.

—¿Así? —preguntó Marta mientras él se movía con tres cámaras que llevaba colgadas de su pecho.

—¿Eres virgen? —preguntó él de pronto.

—¿No es demasiada indiscreción?

—Bueno, bueno, no hay por qué molestarse. Clic, clic, clic...

Priscy se movía con mucha profesionalidad. Marta se fijó en ella, imitándola sin preocuparse del objetivo que no se separaba de ella.

—Bueno, ya está bien, ahora habrá que ver el revelado.

—Toda esta indumentaria es muy anticuada opinó Marta. El fotógrafo le replicó:

—¿Y qué importa? Priscy, de madrugada ya tendrá las fotos, te llamaré.

—Ah, bien, ya se lo diré a ella.

—Te esperan en el *pub* Rossetto, creo que estás invitada a una fiesta grande. Llévatela a ella.

—¿Quieres venir o te sabe mal?

—¿Una fiesta, ahora?

—Sí, ya sé que no es lo más apropiado después de... En fin, creo que te conviene.

—¿Por qué me conviene?

—De estar Ondina en tu lugar, habría ido. Seguramente conocerás a algún príncipe, un príncipe auténtico.

—Es que ahora...

—Si es por la ropa, mejor que vengas como estás.

—¿Así?

—Sí.

—No, no, así no.

Marta tuvo la impresión de que la estaban manejando y ella se dejaba llevar; que todo lo que pudiera parecerle casual estaba

encadenado.

Alguien deseaba verla vestida de aquella forma, alguien que quería verle un parecido con una mujer que con cuatro lustros de por medio habría cambiado mucho si es que aún vivía.

Priscy la llevó al *pub* y allí se encontraron con un hombre joven y alto, excesivamente creído, tanto que parecía amarse a sí mismo, un auténtico narciso. Tenía un coche caro. Cambió algunas palabras con Priscy y al ver a Marta, comentó con descaro:

—No está mal, no está mal, vamos.

Mientras el coche de aquel desconocido rodaba en busca de la lujosa residencia del que llamaban el príncipe, Marta se preguntó por qué estaba allí en aquel vehículo, vestida y maquillada de semejante forma y rodeada de desconocidos.

Entraron en los jardines de la residencia, se estacionaron y luego se internaron en el palacete.

Dentro del salón se celebraba una fiesta, evidentemente, y Marta observó que había abundancia de uniformes, pertenecientes a la Navy USA, y también altos jefes de la marina italiana.

—Está animado esto —comentó Priscy.

—Diviértete —le dijo el hombre que las había acompañado. Tomando a Marta por el brazo, le pidió—: Ven, ven conmigo.

—¿Adónde?

—Te presentaré a gente interesante.

—¿Gente interesante?

—¿Conoces al príncipe Testúggine?

—No, no le conozco.

El joven la acercó a un grupo y se inclinó con mucha reverencia ante un hombre calvo, de sienes casi blancas, obeso y que vestía *smoking*.

Ambos hablaron en italiano, en forma rápida y tono grave. Marta no entendió nada.

El hombre del *smoking* asintió varias veces con la cabeza. Sin dejar de mirar a la muchacha, dijo algunas cosas que a Marta le parecieron órdenes dedicadas al joven de cabellos rubio oscuros y tez pálida.

—Signorina, es un placer recibirla en mi palacete.

—¿Es usted el príncipe...? No recuerdo el nombre.

—Testúggine, alteza príncipe Testúggine.

—¿Debo llamarle alteza?

—No, no es necesario. Usted es extranjera y además muy hermosa, puede perdonársele todo.

La tomó por el brazo y Marta observó que el hombre joven había desaparecido de su lado. Buscó a Priscy y ésta se había alejado también: departía con un grupo de oficiales que la rodeaban y por lo menos algunos de ellos, parecían conocerla.

—Almirante Evans, contraalmirante, capitanes... ¿Qué les parece este ejemplar femenino? Una maravilla, ¿verdad?

Todos clavaron sus ojos en Marta que se sintió extraña, muy rara y fuera de lugar. Vestía e iba maquillada y peinada con la moda de hacía veinte años, pero quizá a los hombres aquello debía importarles muy poco.

Lo que observó es que el almirante Harry Evans, comandante en jefe de la agrupación naval que pertenecía a la Sexta Flota norteamericana en el Mediterráneo y que se hallaba atracada en el puerto de Génova, palidecía intensamente.

El príncipe hizo diversos comentarios en italiano que dudó entendieran los americanos y cogiendo de nuevo a Marta por el brazo, la apartó del grupo.

—¡Marietta, Marietta! —El príncipe interpeló a una mujer madura pero de aspecto distinguido que se les acercó sonriente.

—*Per favore, la signorina...* —Miró a Marta y le dijo—: Con ella estará bien, muy bien.

Deseo que se divierta en mi fiesta.

Marta se daba cuenta de que iba de mano en mano y no entendía cómo ni por qué. Volvió la cabeza y se encontró con los ojos del almirante Harry Evans clavados en ella. No la miraba sólo como a una mujer hermosa que le hubiera impresionado; en sus ojos había más, mucho más.

—Ven conmigo, querida.

Marietta le entregó una copa de champaña que tomó de la bandeja de un camarero que paseaba junto a ellas.

—Bebe, querida, el príncipe tiene planes para ti.

—¿Planes...? ¿Qué clase de planes?

—No lo sé, pero si el príncipe lleva este asunto personalmente, es que son planes importantes. Has tenido suerte.

Después de beber champaña se sintió algo mareada y un sueño

fuerte le entró de golpe, tan de golpe que oyó lejana la voz de aquella desconocida italiana a la que llamaban Marietta.

—Ven, ven conmigo, te llevaré adonde puedas descansar.

Marta comenzó a perder el sentido y la oscuridad la envolvió mientras en derredor suyo las conversaciones sonaban a zumbido.

CAPÍTULO IV

Priscy conocía al capitán Coldman de la Military Police, no era la primera vez que se encontraban.

El capitán Coldman tenía un pliegue cruel en la comisura de sus labios.

No le gustaba salir con él, pero como gaviota complaciente que era, debía aceptarlo.

—¿Vamos, querida?

—Sí, encanto.

El oficial de la Military Police yanqui, a bordo de un automóvil con matrícula americana, salió de la residencia del príncipe Testúggine.

La noche había refrescado y parte del asfalto de la ciudad estaba ya seco, aunque conservaba grandes charcos de escasa profundidad que delataban una lluvia reciente.

El capitán Coldman hablaba poco y cuando lo hacía, sus palabras eran muy concretas. Era un hombre que parecía estar siempre interrogando.

—¿Qué te ha parecido el fante del príncipe ese?

—Hum, ni bien ni mal, tiene un palacete viejo pero agradable.

—Sí, recuerda a las películas decadentes de Visconti, pero seguro que está lleno de cucarachas.

—¿Has visto alguna?

—No, pero las huelo.

Aceptó el cigarrillo que la mujer le entregó ya encendido y rezongó:

—¿Ha aumentado el grupo?

—¿De gaviotas?

—Sí.

—Ya sabes que algunas jóvenes casadas se enganchan para no estar lejos de sus mariditos.

—No, no, yo me refiero a las profesionales como tú y como esa chica que iba contigo y que parecía sacada de un álbum de fotos.

—¿Marta?

—¿Se llama Marta?

—Sí.

—¿Italiana?

—No, americana.

—No la había visto antes, aunque quizá me recuerda a alguien...

—Entre las gaviotas había una hermana suya, se llamaba Ondina.

—Ahora caigo, la chica muerta del hotel.

—Exacto.

—¿Y ella está de fiesta?

—Eso parece.

—Un caso desagradable, no se pueden tomar tantos somníferos. ¿Tú los tomas, Priscy?

—A veces.

—¿Como Marilyn Monroe?

—No deseo acabar como ella.

—No, tú eres diferente. Eres de las más listas y creo que tú y yo podríamos llegar a un acuerdo.

—¿Una gaviota fija para ti?

—¿Por qué no?

—Te saldría demasiado caro.

—Sé lo que pago por tus favores, pero podrías depender de mí directamente, es algo que yo conseguiría arreglar.

—No quiero aparecer una mañana flotando en el muelle o dentro de una bañera.

—¿Insinúas que Ondina fue asesinada?

—Ajá.

—¿Se lo has dicho a la policía?

—No quiero meterme en líos.

—Ondina era tu amiga.

—Sí, lo era, pero ya está muerta y el que yo me complique la vida no va a resucitarla. Además, en Italia suele decirse que encuentras más problemas que soluciones si acudes a la Justicia.

—Ésa es una opinión particular tuya. Ah, mira, un estacionamiento.

—Está prohibido ahí.

El Capitán sonrió, sarcástico.

—Llevo un coche americano, seguro que no me multan y si lo hacen, utilizaré la papeleta para el retrete.

Se apearon.

Por la acera caminaban dos hombres de uniforme que se les acercaron; eran dos marinos de la Military Police, se suponía que ellos debían velar por el buen comportamiento de los hombres de la Navy que habían desembarcado en visita de cortesía, que en su mayor parte consistía en visitar monumentos antiguos y monumentos frescos con los que se acostaban por unos dólares.

—¡Capitán! —saludó uno de ellos.

El capitán Coldman se sabía por encima de sus hombres que le obedecían y también le temían.

—Sí, ¿sucede algo?

Inesperadamente uno de ellos, un hombre que mediría un metro noventa de altura, lo mismo que su compañero, asió la porra de madera con la mano y le asestó un porrazo que iba dirigido al rostro del oficial.

Éste logró desviar el golpe con el antebrazo, pero ya el otro hombre también vestido con el uniforme de la MP aprovechaba para darle un punterazo en el vientre que le obligó a inclinarse dolorosamente.

Priscy se echó hacia atrás, apartándose, temerosa de recibir también un terrible porrazo que desfigurara su rostro para toda la vida.

Varios curiosos observaron la escena, manteniéndose a distancia. Entre cuchicheos comentaron:

—Americanos borrachos, americanos, lío entre yanquis...

Nadie intervino; ni siquiera lo hubiera hecho un patrullero policial de pasar cerca de ellos.

El capitán Coldman recibió un porrazo tras otro.

Aquellos hombres corpulentos descargaban golpes con una saña mortífera.

Sin poder siquiera gruñir, el capitán cayó de rodillas e inclinó su cabeza hacia delante. Los terribles y demoledores golpes impactaron

en su nuca.

Casi al mismo tiempo, por su boca y nariz brotó la sangre manchando la acera.

Priscy le miró, horrorizada, pero en aquel momento no vio los ojos del capitán Coldman que habían quedado fijos.

Sin decir una sola palabra, uno de los dos asesinos sacó unas esposas y cerró una de las anillas en torno a la muñeca del capitán, caído y salpicado en sangre.

Luego colocó la otra anilla al parachoques del automóvil.

Se dieron mutuamente unos golpes en el brazo y se alejaron de inmediato.

Priscy avanzó un paso hacia el capitán que se hallaba esposado al coche y entonces descubrió la horrible verdad.

—Muerto...

Se volvió y a unos cincuenta pasos, descubrió a los dos supuestos miembros de la Military Police que se introducían en un automóvil que se alejó raudo entre el tráfico de la ciudad.

Más de medio centenar de curiosos había presenciado el asesinato sin intervenir. Sólo cuchicheos, nadie se acercó, era un problema entre americanos.

Priscy sintió el pánico de la soledad frente a la muerte, frente a la sangre derramada. Retrocedió un paso, dos, se volvió y echó a correr.

Se alejó de aquel lugar lo más aprisa que pudo.

Estaba segura de que aquella muerte, de una forma u otra, la afectaría a ella.

No se podía asesinar tan impunemente a un capitán de la armada yanqui y mucho menos si era un oficial de la Military Police.

Cuando estuvo suficientemente lejos, paró un taxi.

Dio al taxista una dirección que había grabado en su mente hacía muy poco tiempo.

El taxista tenía la radio conectada, era un programa musical y sonaba una canción en inglés y no en italiano.

Las luces de la ciudad bombardeaban las retinas de Priscy y todas le parecían rojas, muy rojas, todas teñidas en sangre.

—Michel, ¿qué está ocurriendo? —preguntó conteniendo un gemido, ya en el club de periodistas extranjeros.

—Si es un asunto entre americanos y más siendo miembros de la Military Police, diría que es un ajuste de cuentas. Lo solucionarán entre ellos, echarán tierra al asunto y no se hablará más.

—Michel, Michel, es que creo que ellos no eran americanos.

—¿Podrías jurarlo?

—No.

—¿Entonces...?

—Es una impresión. Tengo mucho miedo, creo que terminaré pronto como Ondina.

—No digas tonterías.

—Por favor, Michel, por favor, sácame de Italia, sácame sin que nadie lo note. Me iré a cualquier parte, a Australia si hace falta...

—Me temo que perteneces a una organización mafiosa que tiene ramificaciones por todo el mundo y no lograrías vivir en paz.

—No quiero morir, soy joven aún. No me importa perder todo el dinero de mi cuenta, me conformo con empezar a vivir de nuevo en otra parte del mundo, donde nadie me conozca.

—¿Partiendo de cero?

—Sí —musitó ella con los ojos húmedos, rezumando miedo.

—Parece que sí es grave la situación.

—Lo es, de verdad, y además siento remordimientos.

—¿Por qué?

—Por una amiga.

—Una amiga tuya.

—Bueno, creo que no tengo derecho a llamarla amiga, pero yo la he metido en esto.

—Explícate.

—¿Aquí?

—¿Quieres que vayamos a otra parte?

—Creo que ya no me sentiré segura en parte alguna.

—Vamos, afuera tengo mi coche, daremos una vuelta. ¿Tienes prisa?

—No.

—Entonces, viajaremos un poco.

El automóvil de Michel era un deportivo cómodo y confortable. Abandonó la ciudad y tomó la autopista del Sole como si pretendiera dirigirse al sur.

—¿Adónde vamos?

—A ninguna parte. Saldremos por algún lugar, entraremos en un hotel y allí descansaremos, si es que lo desear.

—Quiero esconderme. Tengo miedo, tengo miedo.

—Está bien, no te pongas histérica ahora.

Priscy aspiró hondo, controló su respiración y luego pareció más calmada.

—Marta es la hermana de Ondina.

—¿La chica de la bañera?

—Sí.

—¿Y?

—Yo la he metido en todo esto.

—¿Qué quieres decir?

—Marta apenas sabía lo que era una gaviota. Creía que su hermana iba de puerto en puerto para acostarse con su esposo, marino de la Navy, y la pobre no sabía que su hermana estaba divorciada desde hace dos años y que era una de las gaviotas complacientes o, como tú quieras decirlo, una prostituta viajera, un burdel itinerante para los chicos con dólares.

Los faros del coche deportivo barrían el asfalto de la autopista. Se salió de ella para buscar una carretera secundaria. Michel no estaba muy seguro de si se detendría en un hotel.

Optó por parar cerca de un grupo de casas, apagó las luces y quedaron en una semioscuridad. En cambio, ellos podían ver la paz silenciosa y solitaria de aquel lugar; no tardaría en amanecer.

—A Marta le ha afectado mucho la muerte de su hermana. Creo, creo que Marta no es como Ondina —dijo casi obsesivamente. Un sentimiento de culpabilidad hurgaba en sus entrañas, hiriéndola.

—¿Qué le has hecho?

—Obedecer órdenes.

—¿De quién?

—De la *signora* Marietta.

—¿Y quién es esa mujer? Lo cierto es que hay mucha gente en todo este embrollo.

—Sí, mucha gente. La *signora* Marietta es nuestra coordinadora o directora, como quieras llamarla, en Italia. Lo mismo te la encuentras en Génova que en Nápoles, Roma o Venecia y ella no está sola, siempre hay por el medio hombres que te llevan y te traen.

—¿Los chulos?

—Más o menos.

—¿Marietta es la proxeneta mayor?

—Hay alguien más importante por encima de ella.

—¿El príncipe Testúggine, por ejemplo?

—¿Lo sabías?

—Sé que esta noche has estado en la residencia del príncipe.

—No estoy segura, no podría jurarlo, pero el príncipe ha recibido muy bien a Marta.

—¿Crees que hay algún motivo concreto para ello?

—Se ha empeñado en maquillarla y vestirla para que se parezca el máximo a la mujer de una fotografía.

—¿Y quién es esa mujer de la foto?

—No lo sé, te juro que no lo sé; yo sólo obedezco órdenes para evitar caer en desgracia. No quiero que me apaleen, no quiero que me maten. Lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, Priscy, lo entiendo; lo que no comprendo es por qué has metido a una mujer inocente en el infierno del que tú pretendes escapar.

Ella se quedó quieta, mirándole con ojos fijos, muy fijos, como si en su cerebro se hubiera detenido el tiempo. Era como si hubiese entrado en un fugaz estado catatónico. Después habló despacio, muy despacio, soltando una vaharada de desprecio hacia sí misma en cada sílaba que pronunciaba.

—Lo he hecho por miedo.

—¿Te arrepientes?

—Sí.

—¿Hasta qué punto?

—No lo sé.

—¿Quieres que saquemos a Marta del atolladero en que la has metido?

—Sí.

—Pues, tendrás que colaborar conmigo. Ella bajó la cabeza, muy despacio.

—Haré lo que tú digas.

—¿No te dejarás llevar por el pánico?

—No lo sé, no lo sé.

Michel le cogió la cabeza. Se la alzó y acercando sus labios a los

de ella, la besó despacio, sin pasión pero con mucha ternura. Aquella caricia hizo que la mujer recuperara fuerzas que ya creía perdidas para siempre.

—Te ayudaré aunque sea lo último que haga en este mundo.

—Cuando esto termine, te llevaré al país que prefieras.

—¡Gracias, Michel!

—Ahora me vas a contar todo lo que sepas, despacio y con detalle. Dentro del coche no hace frío y podremos ver salir el sol. ¿De acuerdo?

—Lo que tú digas, Michel, pero sácanos de todo esto.

—No va a ser fácil. La mafia controla mucha prostitución, no sólo en Italia y Francia si no en vuestros Estados Unidos. Sacarle los dólares, a los muchachos de la Navy es un negocio que ellos no querrán perder, especialmente si los precios que cobran son altos y ya no hablemos de la droga con que se trafica en este sucio negocio.

—¿Vas a denunciarlo a la Embajada americana?

—No, claro que no. Si en las calles de Génova ha muerto un capitán de la Military Police, es un asunto que deben resolver ellos, aunque más bien creo que para evitar publicidad, se echará tierra al suceso, lo que no quiere decir que el servicio secreto de la Military Police y también la CIA no metan sus narices para averiguar algo más. Si es cierto que los asesinos del capitán Coldman son miembros de la mafia disfrazados de marinos americanos, han cometido un patinazo, no los van a dejar tranquilos. A estas horas habrán alertado al comandante en jefe de la agrupación naval americana y hasta puede que la mayoría de los barcos se vayan mañana a la mar aunque se queden aquí los indispensables para investigar lo ocurrido. En fin, veré qué puedo hacer en todo esto.

—Tú eres un periodista francés y vas por todo el mundo.

—Sí, no me pagan los reportajes como se los pagan a los yanquis, pero tampoco puedo quejarme. En realidad, lo mío son los cortos cinematográficos.

—¿Piensas hacer un reportaje?

—Sí, un reportaje sobre las gaviotas. Creo que puede quedar bien si no tiene un final demasiado trágico.

CAPÍTULO V

Marta se sentía floja y débil al despertar en aquella alcoba grande, de muebles antiguos y recargados pero lujosos. No recordaba haber estado jamás en aquella habitación.

Como si la estuviera vigilando, una mujer entró en la estancia y abrió los postigos del ventanal.

—¿Te encuentras bien, querida? —preguntó con un marcado acento italiano.

—¿Quién es usted?

—¿Yo? Bueno soy muchas cosas, pero puedes llamarme *signora* Marietta.

—No la conozco. ¿Qué hago aquí?

La mujer se acercó a la cama y se sentó al borde de la misma. Con un afecto casi maternal le dijo:

—Te sentiste mal ayer. Has debido de pasar muchas preocupaciones y no podíamos dejarte en la calle.

—¿Mal? Ah, si, recuerdo que me mareé.

—Eso puede pasarle a cualquiera.

—Bueno ya me encuentro bien. Me vestiré y me iré.

—No, no, ¿a qué tanta prisa? No voy a consentirlo.

Pese a su debilidad, Marta no quería dejarse llevar como había hecho la noche anterior.

—Gracias por todo, pero ya me encuentro bien, quiero irme.

—Mira, Marta, tú y yo tenemos que hablar. Te conviene, nos conviene a todos; verás como al final quedarás contenta.

—¿De qué?

—¿Tú no has interpretado nunca un papel de actriz?

—No.

—Entonces, tendrás que poner mucho de ti.

—No entiendo nada.

—Verás, tú te pareces mucho a una mujer que vivió hace tiempo.

—Sí, eso me dijeron. Ondina se parecía a ella, ¿verdad?

—¿Ondina? Sí, sí, se parecía, pero ha resultado que tú te pareces aún más que tu hermana que, desgraciadamente, nos dejó para siempre.

—¿Qué le hicieron a Ondina?

—No sé qué quieres decir.

—¿La empujaron a drogarse?

—Oh, querida, qué dices... No, claro que no.

—Yo no quiero interpretar nada.

—Te estás poniendo un poquito pesada, Marta. Piensa que no es nada malo para ti, se trata de que alguien crea que tú eres otra mujer, sólo eso.

—¿Por qué?

—Bah, de eso ya iremos hablando.

—¿Pero qué es lo que pretenden? —insistió la joven.

—Digamos que ayudar a alguien.

—¿A quién?

—A un hombre que tiene ciertas confusiones mentales. Sólo se trata de tranquilizarlo y, no temas, si no quieres, no tendrás que acostarte con él.

—¿Acostarme yo con un desconocido?

—Bueno, bueno, Ondina no era tan remilgada.

—Ya lo sé, pero yo no soy Ondina.

Se levantó de la cama. La *signora* Marietta, que aún retenía mucha de la belleza que poseyera en su juventud, no se movió de la cama donde se hallaba sentada. Era como si estuviera segura de su triunfo.

Marta dio unos pasos y se tambaleó. Se inclinó y terminó arrodillada.

—¿Qué me pasa? —balbuceó.

—Estás débil, eso es todo, querida. Las chicas que hacen régimen sufren de debilidad.

—Yo no hago régimen.

—Vamos, vamos, a la cama otra vez.

La *signora* Marietta la cogió con suma facilidad y la sentó de

nuevo en el lecho.

—¡Déjeme, déjeme!

—Estás muy pálida, Marta, demasiado pálida. —Miró su reloj—.

Tiene que venir el doctor.

—¿El doctor, para qué?

—Para curarte. ¿O acaso no quieres restablecerte?

—No, no es posible, yo no estaba enferma.

—Tu madre fue hermosa pero débil; creo que has heredado su enfermedad.

—¿Mi madre?

—Sí, tu madre.

—Mi madre murió hace muchos años.

—Lo sabemos.

—Murió en un accidente.

—No, querida, murió de enfermedad.

—¡No es cierto! Llamaron a la puerta.

—Adelante.

—Un hombre de estatura mediana, con una ligera barbita y un maletín en la mano, entró en la alcoba.

—¿Cómo se encuentra la enferma?

—¡Yo no estoy enferma!

—Bien, bien. Haremos una auscultación simple, pero si se hace necesario, habrá que hacer análisis de sangre. Veamos, veamos.

Sin fuerzas para oponerse o rebelarse, Marta vio cómo le colocaban el brazalete del aparato para observar la presión sanguínea de los pacientes. El médico escuchó atento y al fin dijo:

—Francamente mal, está muy baja.

—Sí yo nunca he sufrido de hipotensión...

—Pues ahora, por lo que sea, querida signorina, está usted muy baja de presión sanguínea, no debe moverse de la cama. —Miró a la *signora* Marietta y le recomendó—: Comidas con abundante gelatina de pollo y los medicamentos que voy a recetarle. Hay que subirle esa tensión.

—¿Puede salir a pasear por el jardín, doctor?

—Si no hace esfuerzos, sí.

—Podemos ponerla en una silla de ruedas.

—Tanto mejor. Marta protestó:

—¡Yo no iré en una silla de ruedas!

El doctor, sin hacerle caso, entregó la receta a la *signora* Marietta.

—Querida, verás cómo te repones pronto. Es lógico que te marees con un poco de champaña si tenías tanta debilidad en tu cuerpo.

El médico se marchó, dejándolas solas.

—No debes preocuparte. En seguida te traerán un caldito que te sentará de maravilla. Marta comenzó a sentirse mal consigo misma. Aquella mujer la trataba con un afecto y delicadeza que se dijo que no tenía derecho a incomodarse con ella. Comenzó a dudar de su propia cordura.

—Le trajeron el caldo. En principio quiso rechazarlo, pero si estaba tan débil, lo que debía de hacer era reponerse y se lo bebió. Le trajeron otros alimentos, con tal solicitud que más podía considerarse una huésped de honor en el palacete que una prisionera.

Marietta se comportaba con gran naturalidad mientras trataba de convencerla de cuanto decía.

Lo que puso pálida a Marta fue la silla de ruedas que trajeron entre un criado y una doncella que sólo hablaba en italiano.

—No, no quiero subir ahí, me sostendré por mis propios pies. Mi ropa...

—Vamos, vamos, no seas rebelde. Ayudadme.

Pese a su negativa, Marta fue sentada en la silla de ruedas y le cubrieron las piernas con una manta. Vestida con una bata, la sacaron de la casa para pasearla por el jardín.

El criado empujaba la silla. Junto a ella, solícita y atenta, una doncella con un termo en la mano y como directora del paseo, la *signora* Marietta.

—Es hermoso este parque. ¿No te parece querida?

Marta miró en derredor. Los árboles, los arbustos y setos en general, eran hermosos, todo estaba bien cuidado, pero no hizo comentarios.

Se detuvieron junto a una fuentecilla. En lo alto había una Venus que no era la de Milo. De pronto. Marta descubrió a lo lejos a un pequeño grupo de hombres que caminaban por el sendero. Uno de ellos llevaba el uniforme de la marina americana, era el almirante Harry Evans que al descubrirla ya no le quitó los ojos de

encima.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó. Marta le miró y no quiso responder.

La *signora* Marietta, sonriente dijo:

—Un poco floja. Ayer quiso hacerse la valiente, se presentó en la fiesta y ha tenido una recaída. Ella sabía que no podía hacer lo que hizo y mucho menos tomar champaña.

—Yo no estoy enferma —protestó Marta.

—Ya lo ve, almirante Evans, es terca.

—Te llamas Marta, ¿verdad?

—Sí, sí, me llamo Marta, pero...

—Se repondrá pronto, almirante —intervino la *signora* Marietta al tiempo que le daba una orden con un gesto de su mano al fornido criado.

Éste empujó la silla de ruedas, alejándola por el sendero de los visitantes. Marta, angustiada, falta de fuerzas, se revolvió.

—¡Almirante, ayúdeme!

El criado, imperturbable, se la llevó y la joven no pudo oír lo que allí comentaban.

En aquel momento más que en ningún otro se sintió prisionera de unos desconocidos y sin saber por qué.

CAPÍTULO VI

—¿Qué es lo que quieres, guapo?

Michel miró los ojos de aquel hombre menos joven de lo que aparentaba, delgado, rubio, con los cabellos muy rizados. Su tono de voz y sus ademanes le definían claramente como un feminoide.

—Ver.

—¡Oh!

Michel avanzó y el fotógrafo se hizo a un lado porque, de no hacerlo, Michel le habría arrollado, parecía no verle.

En el estudio fotográfico no había nadie y pocas luces se hallaban encendidas. Pudo ver el plato central; como fondo tenía ahora una playa con oleaje, en el suelo había arena esparcida, comiéndose el borde inferior del mural, de tal forma que si hacía una fotografía allí a mujeres desnudas, parecería que estuvieran en la playa y no dentro de un piso cerrado por muchas paredes.

—¿Éste es tu estudio porno?

—¿Cuánto quieres por unas fotos? —preguntó, brillándole los ojos al mirar a Michel, calibrando su estatura, su anchura de hombros, su rostro bien perfilado y muy viril, la estrechez de sus caderas y las largas y poderosas piernas.

—¿Quieres fotografiarme para vender mi imagen?

—Si no quieres, te guardo para mi colección particular. Me gusta coleccionar obras de arte.

—Déjate de estupideces y enséñame las fotos.

—¿Qué fotos? Hablas como si fueras el macho del gallinero.

—¿Y por qué no decir gallo?

—Ah, gallo, eso también queda bien, pero yo prefiero llamarte macho, claro que hasta que no se comprueba...

—Lo que tú eres no hace falta que lo demuestres.

—¿Y para qué?

—Busco las fotos de una amiga mía.

—Claro, una mujer.

—¿Y qué pensabas?

—Las mujeres dan menos satisfacciones de lo que parece. En cambio...

—Tú eres una furcia.

—¿Yooo? Pero ¿qué te has creído? Te voy a echar de mi estudio. Y yo que te he abierto la puerta pensando que eras todo un caballero...

—Vamos, no seas tonto, que te puedo zurrar la badana.

—Tengo amigos, ¿sabes? Amigos influyentes y si me tocas uno solo de mis ricitos, es que me quejo.

—Mi amiga se llama Marta y tú le hiciste un maquillaje de hace veinte años, le pusiste un vestido y le hiciste unas fotografías.

—No sé de qué me hablas.

Michel se volvió y comenzó a caminar hacia él, acorralándolo poco a poco hasta que las piernas del fotógrafo tocaron una butaca. Un leve empujón le hizo sentarse en ella.

—Será mejor que te portes bien. —Sacó un frasquito de color topacio y se lo mostró, muy cerca de los ojos—. ¿Sabes lo que hay aquí?

—No.

—Algo que no te va a gustar.

—¿Veneno? —preguntó, ahora con los ojos muy abiertos.

—Peor.

—¿Peor? —Tragó saliva con notable dificultad.

—Sí, hay un pequeño caldo de cultivo del bacilo del cólera, apenas cinco centímetros cúbicos, pero es más que suficiente. Si te hago tragar una décima parte y eso se consigue tapándote la nariz, te aseguro que lo vas a pasar fatal. Si es que salvas el pellejo, te vas a pasar un mes sentado en la taza del water de un hospital, aislado en el pabellón de infecciosos. Hasta es posible que salgas en alguna revista extranjera que diga: «Hay cólera en Génova. Caso muy peligroso aislado en un hospital de infecciosos». Y tú, escurriéndote por el ojete. Qué placer morirte por ahí, ¿verdad?

—¡No, no!

Movió la cabeza negativamente. Trató de levantarse de la

butaca, pero la mano de Michel le obligó a sentarse de nuevo.

El fotógrafo no tardó en percatarse de la diferencia de fuerzas entre él y Michel.

—Bien, ¿quieres ser un caso aislado o me enseñas las fotos?

Viendo ya la botella con el tapón saltado muy cerca de su rostro, tragó saliva y preguntó:

—¿Se lo dirás a alguien?

—¿Me crees un soplón?

—No, no, pero no sé quién eres.

—Un amigo de la chica, eso es todo. Anda, muéstrame las fotografías. El tipo de los ricitos cogió miedo.

Sabía que la venganza de nada serviría si él palmaba en un hospital; no le compensaba que liquidasen a aquel desconocido con tal de hacerle justicia a él.

—Yo no sé nada, sólo me han pagado para que le haga unas fotografías, nada porno, seguro, nada porno.

Abrió una carpeta y le mostró las fotos. Michel pudo ver a Marta por primera vez.

—¿Dónde está el retrato al que debía parecerse?

—Ya no lo tengo.

—¿Cómo que no lo tienes?

—Tuve que devolverlo.

—¿Y estas fotos?

—Son copias, copias que me hice antes de entregar los negativos. Suelo sacar copias de todo, nunca se sabe.

—Comprendo: siempre se puede hacer un chantaje a alguien y nunca se sabe cuándo.

—Eh, ¿qué haces?

—Me las llevo.

—¡No puedes, no puedes hacerme esa marranada! —protestó con voz muy aguda.

—¿Vas a protestar a quien te ha pagado, vas a decirle que guardabas estas copias?

El feminoide cambió de actitud. Sonriendo malicioso dijo:

—Bueno, puedes darme algo en compensación, ¿no?

—¿Quién te ha pagado?

—Ya te he dicho que no lo sé.

Michel alargó su mano y cogió una muñeca del fotógrafo,

retorciéndosela para obligarle a arquearse hacia atrás.

—Ahora tienes la cara hacia arriba y la boca abierta. ¿Prefieres decirme algo o tragarte el cultivo del cólera?

—*Signora* Marietta.

—¿Dónde la encuentro?

—En el palacete del príncipe Testúggine.

—Eso está bien —dijo, soltándole. Dejó la botellita sobre la mesa y con la carpeta bajo el brazo silabeó—: Es mejor que no llames a tus paganos, no sea cosa que cuando me encuentren les cuente cosas... Me temo que no te perdonarían tus travesuras y los dos sabemos que la mafia anda metida en esto.

—Yo no sé nada, nada, y llévate eso —señaló el pequeño frasco de color topacio.

—Tíralo por el retrete.

—No, puede pegarse.

—Estira de la cadena luego, imbécil. Ah, sólo es una solución de licor del polo, puedes enjuagarte la boca.

—¿Licor del polo? ¡Cochino, machista!

Michel soltó una breve carcajada y abandonó el estudio llevándose las fotos consigo. Ya sabía algo más, pero sólo era el principio, el cabo de una madeja muy embrollada.

CAPÍTULO VII

Pese a haber tomado los consomés y tragado unas pastillas, Marta no se sentía mejor.

Estaba asustada y temía que si continuaba allí, en manos de aquella gente desconocida para ella, acabaría en una sepultura, muerta por anemia, tisis o leucemia, ¿qué sabía ella? Lo que sí sabía era que la estaban debilitando.

Jamás una copa de champaña la había afectado de semejante forma y no tenía por qué perjudicarla, ella no estaba enferma.

De pronto, sintió escozor en el pliegue del codo izquierdo y se rascó instintivamente. Parpadeó interrogante y se levantó la manga para ver qué tenía allí.

Un rictus, mitad de espanto mitad de amargura, se dibujó en su rostro.

Tenía una mancha azulada y un pequeño punto. Le habían pinchado en la vena y estando consciente, no recordaba que le hubieran puesto ningún inyectable en el pliegue del codo. Aquello se lo habían hecho mientras permanecía inconsciente o drogada y ¿para qué?

De pronto, en todo su cuerpo sintió más frío que si acabaran de introducirla en una bañera llena de agua helada, con pedazos de hielo que la mantuvieran gélida. Tiritó, sus dientes entrechocaron.

Era un miedo físico y psicológico y aquella sensación no se le iba a pasar fácilmente.

—Me han quitado sangre. Dios mío, me han quitado sangre para debilitarme hasta que no pueda sostenerme...

Apartó su mirada de aquella mancha azulada, propia de un ligero derrame subcutáneo, y luego se miró las manos.

Los dedos le temblaban y temió no tener fuerza ni para sostener

sus propias manos en el aire.

¿Cuánta sangre le habrían quitado?

—Pero ¿por qué, por qué quieren matarme desangrándome viva? Asustada, se levantó de la cama.

Cuando puso los pies en el suelo, tuvo la sensación de hallarse a bordo de un pequeño bacaladero en aguas del Atlántico Norte, en día de tormenta.

Todo bailaba en derredor suyo o era ella la que bailaba en medio de un todo que la envolvía.

Sintió náuseas, pero su pánico ante la idea de sucumbir cuando era tan joven, en el umbral de la vida, la hizo rebelarse.

Fue hasta el gran armario y allí sólo encontró el vestido que había llevado en la fiesta, aquel modelo de hacía más de veinte años y que pretendía recordar algo.

Tuvo que agarrarse a la puerta del armario.

Ésta osciló y entonces descubrió el espejo, un espejo grande en el que se vio reflejada. Sus ojeras, su aspecto pálido, le dieron miedo.

Estaba visiblemente demacrada.

Apartó su mirada del espejo, como dejando de ver un cuadro que se le antojaba horrendo y agarró el vestido con fuerza, quitándole la percha.

Se quitó el camisón y quedó en bragas.

Eran sus bragas, eso si no había cambiado; eran oscuras, casi negras, con tonos jaspeados de un azul intenso.

Se puso el vestido y se calzó los zapatos, y aquello le costó el mismo esfuerzo que empujar un automóvil cuesta arriba.

A cada instante, a cada segundo que transcurría, creía que iba a caer hacia atrás y quedar arrollada.

Al fin consiguió vestirse y avanzó tambaleante hacia la puerta.

Tuvo pánico, verdadero pánico de que la puerta estuviera cerrada con llave.

—Dios mío, no, no...

Sabía que sí la puerta estaba cerrada con llave, todo su esfuerzo no serviría de nada. Cuando dejó caer la mano sobre el pomo, su rostro reflejó tal ansiedad que era como si en aquel instante fueran a leerle una hipotética sentencia en la que se iba a dilucidar si merecía la vida o la muerte.

La puerta cedió.

«Gracias. Dios mío», dijo para sus adentros. Con sigilo, asomó la cara al exterior.

Temía que sus piernas la traicionasen, pues se negaban a sostenerla. Era como si las rodillas no fueran suyas.

Salió al pasillo cerrando la puerta tras de sí para no llamar la atención.

Observó entonces que en la cerradura había una llave, una llave que, por suerte para ella, nadie había volteado dentro de la cerradura.

La asió entre sus dedos y cerró la puerta.

Se guardó la llave dentro del puño, aferrándola como si temiera que se le fuera a escapar.

«Si ven la puerta cerrada, tardarán más en descubrir que he huido», pensó. Le hubiera gustado ser invisible, mas no era así.

Apenas había dado unos cuantos pasos y el cansancio la ahogaba.

Tuvo que pegar su espalda contra la pared, apoyándose, y la notó mojada de un sudor frío.

Quedándose quieta no lograría escapar, lo sabía.

Por ello, sacó fuerzas de la escasa sangre que tenía en el cuerpo y siguió caminando. Tenía que encontrar una salida hacia el exterior sin ser vista.

No podía utilizar la puerta principal porque algún criado la descubriría inmediatamente, y buscó otra salida con la misma ansiedad que un ratón de experimentación el camino que le condujera a su alimento, dentro del laberinto donde le habían introducido.

¿Por qué le hacían aquello, por qué? ¿Qué les había hecho ella? ¿Habrían asesinado a Ondina de forma semejante?

De pronto oyó voces.

Reconoció la voz de la *signora* Marietta que hablaba con alguien cuya voz desconocía, pero ambos hablaban en el idioma de Marta y ésta, pegada a un espeso cortinaje, medio oculta en él, se dedicó a escuchar.

—Será fácil —dijo la voz de la mujer.

—No podemos confiarnos —replicó la voz masculina, de acento americano.

—El almirante ya ha visto el cebo. Ahora sólo tiene que abrir la boca y comérselo. —Hubo una risita sarcástica. —Y que se lo trague bien hondo— añadió el hombre.

Marta escuchaba con tanta atención que podía oír incluso los latidos de su propio corazón.

—Se lo tragará, el muy imbécil... No sabe que lo teníamos en archivo desde hace veinte años.

—¿Lo teníamos? ¿Qué eras tú hace veinte años, Marietta?

—Una chica ingenua que creía en los príncipes azules.

—Y ahora ¿en qué crees?

—En los brillantes, las esmeraldas y el oro, que cada día sube más y más de precio.

—¿Y en nada más?

—Y en el amor del amante que pago.

—No eres muy romántica que digamos.

—No, no lo soy. Si tengo un *gigoló*, sé lo que es él y lo que pago yo y cuándo puedo darle un puntapié para poner a otro en su lugar.

—Eres dura. Marietta.

—La vida me ha hecho así.

—¿Y cuánto me pagarías si te hiciera el amor ahora?

—¿Ahora mismo? —preguntó ella, oscureciéndosele la voz.

—Sí, ahora.

Marta escuchó el ruido de una cremallera al ser abierta: luego, una carcajada femenina.

—¡No seas salvaje! —volvió a reír.

—Dejemos para luego el chantaje al almirante, lástima que la chica ha de morir.

Marta sintió un pinchazo en su cuerpo y fue tan doloroso como si le hubieran traspasado con una aguja de tricotar.

—¿Preferirías que ella estuviera ahora en mi lugar? —preguntó la voz de Marietta.

—No, no, ella está muy pálida, sin sangre. En cambio, tú, tú eres toda fuego.

—Pues quémate. Vamos, ¿a qué esperas?

—Primero dime qué me darás —exigió él, echándose a reír ruidosamente. Marietta se apartó de la pared, ya no quería oír más.

Descubrió una puerta que daba al exterior y trató de abrirla sin conseguirlo.

Había cristales y deseó romperlos con su puño, pero se contuvo, cerrándolo con tal fuerza que los nudillos le dolieron. No podía hacer ruido, llamaría la atención.

Volvió sobre sus pasos temiendo desmayarse en cualquier momento. Paso a paso logró llegar al salón.

Pegándose a la pared, se acercó a la puerta principal.

Era mucho más arriesgado, pero no le quedaba otra alternativa.

Abrió la pesada puerta y fue como si la estuviera abriendo eternamente. La luz del exterior le dio en los ojos, quedando un tanto cegada.

Ya no quiso preocuparse de cerrar la puerta, tenía que huir, huir como pudiera.

Atravesó el espacioso porche y bajó la ancha escalinata. Lo hizo tambaleante, tanto que se vio caer.

Para evitarlo, buscando el equilibrio, se inclinó hacia adelante para así acabar de descender el último de los peldaños.

No pudo mantener el equilibrio y cayó, cayó cuán larga era.

Le pareció que caía y caía, como si la arrojaran desde un avión que volase a gran altura.

Era como si, en su debilidad, el tiempo se alargase de una forma elástica porque, de pronto, volvió a la realidad.

Todo le dolía, el rostro, los brazos, las piernas, el cuerpo entero. Sintió que le faltaba el aire, jadeó y quiso volverse hacia arriba.

Notó que le costaba tanto como si la hubieran cubierto con pesadas losas de mármol.

Ante sus ojos, a pocos centímetros, vio una gruesa hormiga que caminaba por el suelo enarenado, indiferente a lo que pudiera ocurrirle a la mujer. Era una hormiga grande, de largas patas y pinzas anchas. ¿Qué hacía una hormiga sola? ¿Dónde estaban las demás, se habría perdido?

¿Por qué se preocupaba de aquella hormiga solitaria en medio de un jardín cuándo ella estaba caída y no sabía si herida también?

Se sintió cogida por las axilas e izada como si hubieran colocado una grúa sobre ella. Ya en el aire, sin tocar el suelo, volvió la cabeza a derecha e izquierda. Allí había dos hombres de casi dos metros de altura.

Aquellos rostros desconocidos eran crueles, le infundieron pánico, pero no tenía ni fuerzas para gritar.

La llevaron hasta un automóvil grande, oscuro, lujoso. Uno de ellos abrió el maletero, extendió una manta y entre los dos la introdujeron en él.

—¡No, no! ¿Qué hacen conmigo? ¡No!

La tapa metálica se cerró sobre su cabeza sin que Marta pudiera evitarlo. La oscuridad y aquel lugar tan estrecho la horrorizaron.

Trató de golpear con sus débiles puños y apenas lo consiguió.

Pasaron unos minutos y después de notar fuertes golpes como de abrir y cerrar portezuelas oyó el ruido suave del motor. El coche se puso en marcha, notó el vaivén y Marta gritó:

—¡Auxilio, socorro, Sáquenme de aquí!

Sus fuerzas llegaron al límite y perdió el conocimiento, sumiéndose en una oscilante negrura.

CAPÍTULO VIII

El almirante Harry Evans tenía el ceño más que fruncido. Ante él había un buen número de informes y dentro de un cartucho de conservación yacía el cadáver del capitán Coldman.

—Lo siento, señor, pero los únicos datos que poseemos provienen de la policía italiana que no desea interferirse en este asunto.

—Un capitán de la Military Police asesinado a porrazos... —se lamentó—. Le han partido la cabeza con saña.

—No iban a golpear simplemente si no a matar —opinó el teniente Lewison.

—No podemos quedarnos cruzados de brazos.

—No, señor. Ya he hecho una investigación sobre todos nuestros hombres de la Military Police, comprobando el lugar que ocupaba cada uno de ellos y según las descripciones que nos han dado de los asesinos.

—¿Y?

—Nada, señor —asintió el teniente Lewison que interinamente se hacía cargo de la compañía de agentes-soldados de la Military Police tras la muerte del capitán y comandante de la compañía.

—¿Ha llevado fotografías de las parejas a los posibles testigos?

—Todos los testigos no las han visto aún, señor, pero las verán, con la debida discreción. Sin embargo, creo que no ha sido ninguno de ellos, les conozco bien.

—Sé que me va a decir que son incapaces de un crimen semejante, pero alguien lo ha hecho.

—Los hombres de la Military Police no siempre nos hacemos gratos al resto de la marinería, señor; ya sabe que en ocasiones los muchachos deben actuar con cierta rudeza ante la bulla que arman

en las ciudades algunos marines cuando andan borrachos.

—¿Cree que puede haber sido una venganza de ese tipo?

—Es sólo una hipótesis, señor.

—¿Una hipótesis? ¿Sabía usted, teniente, que el capitán Coldman me entregó unos informes nada gratos sobre determinados hombres que forman parte de la dotación de nuestros barcos?

—¿Se refiere a la investigación que el capitán Coldman realizó sobre la introducción de droga en nuestros barcos?

—Sí.

—Señor, sé lo que me informó el capitán Coldman y lo que yo averigüé por mí mismo.

Tenemos cuatro arrestados.

—Sí, y esos informes deberán pasar al juez militar cuando yo los supervise. ¿Cree que los arrestados han tenido que ver con la muerte del capitán Coldman?

—Están en los calabozos, señor, no han podido salir.

—Sí, ellos no han podido salir y no creo que otros dos actuaran por ellos, tampoco les iba a beneficiar en nada.

—Así es, señor. Usted tiene el *dossier* con todos los informes al respecto, la muerte del capitán no servía de nada.

—Sí, de nada. La verdad, no lo entiendo. Esos cuatro arrestados son supuestos culpables de tráfico de drogas dentro de estos buques de la Navy y también de proxenetismo, pues según los informes del capitán Coldman, vendían una especie de boletos a precios más que abusivos que les daban derecho a mantener relaciones íntimas con determinadas mujeres de las que hemos dado en llamar las gaviotas.

—Así parece, señor.

—¿Y no podría ser —dijo, pensativo— que hubiera más implicados?

—No lo creo, señor. El capitán Coldman cerró su investigación que le pasó a usted para su supervisión antes de entregar todo el *dossier* al juez militar.

—Sé que el capitán Coldman trabajaba muy bien y a fondo, pero podía escapársele algún hilo. Hace tiempo que llevaba entre manos esta investigación y, por lo que me dijo, lo hizo para que no se le escapara nada.

—Lo sé, señor. Estoy informado de que esta misma investigación se realiza en otras agrupaciones de la flota.

—Debemos de cortar de raíz el vicio entre nuestros muchachos. Nuestros barcos son de guerra, están llenos de explosivos, de armas. No podemos tolerar que haya hombres drogados a bordo y tampoco que otros ensucien el uniforme que llevan con el proxenetismo. Me parece imposible que desde nuestros propios barcos se pueda controlar la prostitución en tierra, en puertos extraños. Burdeles volantes que aparecen y desaparecen en las ciudades según atraquemos o desatraquemos nosotros con nuestros buques.

El camarote-despacho del almirante Harry Evans, ubicado en el buque insignia de aquella agrupación, era una estancia amplia y aséptica.

Había varios archivos, dos teléfonos y un ventanal con cortina desde el que se divisaba la proa del buque, como si desde él se fuera a controlar el rumbo que, por supuesto, comandaba el capitán del navío de guerra.

—En el Pentágono exigirán una investigación exhaustiva, teniente Lewison.

—Lo supongo, señor.

—Tiene usted que averiguar cuanto pueda. Seguro que enviarán hombres del departamento secreto de la Military Police para investigar, y hasta es posible que en forma paralela intervengan algunos agentes de la CIA.

—Haré cuanto pueda por descubrir a los culpables. La policía italiana se ha mostrado partidaria de colaborar pero no de interferir.

—Es lo que debe ser. Un oficial de nuestra marina ha sido asesinado y hay que descubrir quiénes son los autores del hecho y los motivos que les han inducido a ello.

—Si los asesinos son hombres de nuestros buques, los descubriremos y los arrestaremos.

—Eso espero. Hay que dar una respuesta oficial a este crimen. Recoja todos los datos que sea posible; de la policía, los informes de los testigos, sus nombres, filiaciones y busque a la mujer.

—Nadie ha vuelto a verla.

—Encuéntrela, puede ser una de las gaviotas. Es una pieza fundamental en este crimen. Nadie mejor que ella pudo ver a los dos supuestos marinos de la Military Police. Asimismo, ella pudo llegar a oír las últimas palabras del capitán Coldman.

—Encontraremos a esa mujer, señor. —Hizo una pequeña pausa y con ligero tono de duda añadió despacio—: Si es una de las gaviotas.

—Manténgame informado de todos los detalles. Se acabaron los permisos de cortesía, toda la marinería permanecerá a bordo de los buques.

—¿Nos hacemos a la mar, señor?

—No, aún no. Hemos de permanecer un tiempo en este puerto, un tiempo que ha sido acordado de antemano. Que nadie baje a tierra, sólo estrictamente los hombres que estén de servicio. Pasaré esta orden a los capitanes.

En aquel instante sonó uno de los teléfonos que tenía delante, un aparato de color verde.

El almirante Evans lo observó ceñudo; ante él había un montón de informes, tenía trabajo, mucho trabajo que llevar a cabo y sólo le faltaba aquel asesinato tan trágico como extraño.

—Almirante Harry Evans al habla.

—Almirante Evans, tiene una llamada privada del exterior.

—¿Quién es?

—Es una voz de mujer. Dice que es urgente, habla nuestro idioma.

—Pásela.

CAPÍTULO IX

El criado de aspecto fornido se acercó a la *signora* Marietta y le dijo:

—La llaman por teléfono.

—¿Quién?

—No ha dicho su nombre.

—Entonces, ¿por qué vienes a decírmelo? Sabes que no atiendo a los anónimos.

—Ha dicho que la chica se llama Marta. Quedó tensa de golpe.

—¿Se lo has dicho al príncipe?

—No, *signora*; la llamada es para usted.

—Bien. ¿Es hombre o mujer?

—Hombre.

—Páseme la llamada —ordenó—. ¿Sí, quién llama? —interrogó a su invisible interlocutor.

—Michel, *signora* Marietta.

—¿Michel? No me dice nada ese nombre.

—En cambio, yo creo que es suficiente para entendernos.

—¿Qué quiere, para qué llama?

—Marta no es una gaviota.

—No sé de qué me habla.

—Lo sabe muy bien. ¿Se imagina que denuncie el rapto de una norteamericana llamada Marta Hamilton?

—Puede denunciar lo que quiera, no sé de qué me habla —repitió segura, aunque estaba pálida.

Marietta, la mujer que actuaba como el ama de llaves del príncipe Testúggine, era conocida por su aplomo, por su frialdad y quienes la conocían bien, la temían, solía ser vengativa cuando algo la afectaba.

—¿Me oye, *signora* Marietta? Sé que está ahí, oigo su

respiración. ¿Está preocupada?

—No sé de qué me habla. —Y colgó el teléfono.

Marietta se quedó sentada en su butaca, pensativa. La situación podía retorcerse en exceso.

Sabía que el príncipe Testúggine controlaba no sólo a sus hombres, sino a determinados miembros de la policía y de la justicia que podían sacar de apuros a sus hombres si algo se ponía feo; sin embargo, el príncipe podía molestarse mucho si alguien le acosaba.

«¿Habré hecho bien colgando?», se preguntó de pronto, temiendo la posible reacción del desconocido que acababa de llamarle.

Podía avisar a la policía y ponerla en aprietos.

Marta no era italiana sino norteamericana y eso podía hacer que la policía se preocupase más.

¿Y si el desconocido llamaba a la Embajada americana?

Sonó de nuevo el timbre del teléfono, estridente. Lo tenía al alcance de su mano, dudó pero optó por descolgarlo.

—¿Es usted Michel? —preguntó abiertamente, casi como un desafío.

Al otro lado del hilo, el hombre rió levemente. Luego propuso:

—¿Qué le parece si nos vemos?

—¿Dónde?

—En el *pub* Nerón.

—¿Dónde está eso?

—Cerca, muy cerca del Consulado americano.

—¿Es usted americano?

Sin responder a la pregunta, Michel dijo:

—Dentro de dos horas, Marietta. Le conviene venir a mi encuentro. Esta vez fue Michel quien colgó.

Marietta se quedó con el auricular en la mano, mirándolo sin verlo.

Se levantó de la butaca y se observó a sí misma como preguntándose qué ropa debía de ponerse para aquel encuentro. Decidió ir a su alcoba particular.

«Según lo que obtenga de esta entrevista, luego se lo comunicaré al príncipe. Eso es, debo de tomar algunas medidas para que vea el príncipe que sé sacarle de problemas». Se estaba cambiando de ropa

cuando llamaron a la puerta del dormitorio.

—¿Quién es?

—*Signora*, el teléfono.

—¿Otra vez? No me van a dejar ni ponerme las bragas —se quejó.

—*Signora*, el teléfono.

—Ya te he oído, pasadme la llamada.

Miró el supletorio de la mesita de noche y lo descolgó.

—¿Quién es?

—Marietta, soy Lewison.

—¿Y para qué diablos llamas ahora?

—Tenéis que encontrar a Priscy.

—¿A Priscy, por qué?

—Priscy es testigo del asesinato.

—Estúpido, no digas cosas que puedan oírse.

—De acuerdo, de acuerdo, pero tenéis que encontrarla antes de que la encuentre yo.

¿Comprendido?

—¿Quieres decir que debemos silenciarla?

—*Okay*. —Y colgó.

—Por la Madonna, esto se complica cada vez más —se quejó en voz alta, ahorquillando el auricular con brusquedad.

Priscy, refugiada en un pequeño hotel sin ninguna relevancia cuya fachada miraba hacia los muelles, anhelaba la llegada del momento adecuado para poder escapar de Italia.

Tenía que huir muy lejos para que no le alcanzase la mano mafiosa que tenía tentáculos en las más importantes ciudades de la Tierra, especialmente las que poseían puerto marítimo.

Mientras fumaba, a través de la ventana de su habitación observaba los navíos de la marina de guerra USA.

No le importaban poco ni mucho aquellos buques.

Se había metido en problemas, no eran sucios asuntos de espionaje pero la amenaza de una muerte desagradable se cernía sobre ella.

Se había confiado a Michel y no podía hacer lo mismo con la policía porque nada podía demostrar.

Para los proxenetas de lujo que controlaban la organización de las gaviotas complacientes, les sería más fácil localizarla.

«Cuando encuentre un refugio donde vivir, será una ciudad sin muelles. Voy a terminar odiando los barcos», se dijo.

Unos golpecitos en la puerta la sobresaltaron, toda ella estaba en tensión. Los músculos de su persona parecían cuerdas de violín.

Era una mujer ágil, elástica, con mentalidad moderna que no dejaba que su cuerpo quedara flácido.

—¿Quién es?

—Soy Michel.

Se apresuró a abrir.

Michel era su única salida hacia la libertad, quería salvar su vida y escapar.

Michel cerró nada más entrar. Cogió a la muchacha por los brazos y le dio un beso en los labios. No era un beso de pasión, había más cariño amistoso en aquella caricia que otra cosa; sabía que a Priscy le hacía falta calor humano.

—¿Has averiguado algo?

—He hablado con la *signora* Marietta, tengo una cita con ella.

—¿Nada más?

—Si acepta la cita, indica que tiene secuestrada a Marta Hamilton.

—Eso ya lo sé yo.

—Ten en cuenta. Priscy, que yo no puedo entrar en el palacete, sería un allanamiento de morada. Además, supongo que lo tiene muy vigilado. Esa mujer creará que yo soy un chantajista.

—¿Y qué piensas hacer?

—Todavía no lo sé, tengo pocos datos. Además, es obvio que esa alcahueta de lujo sólo es una pieza en este complicado tablero de ajedrez, una pieza importante, eso sí, pero sólo una pieza. Las órdenes le llegarán de más arriba. Si voy a la policía con una denuncia, ¿quién me garantiza que el comisario no está sobornado?

—¿Crees que aquí todos están sobornados?

—No, claro que no, pero hasta entre los apóstoles hubo un traidor y mira que sí yo voy a toparme precisamente con el judas de la policía italiana...

—Te comprendo. ¿Qué harás entonces?

—El asunto es complicado, Priscy. Si tengo pruebas ciertas, lo que haré es ponerme en contacto con el consulado yanqui. Si ellos intervienen, la policía italiana se portará bien.

—¿Por qué no llamas ahora por teléfono?

—Imposible. ¿Y si Marta Hamilton no está en ese palacete? He de sacar algo más en limpio antes de dirigirme al consulado. Además, yo soy francés, no americano; si hago una denuncia, recelarán de mí.

—En ese caso, la haré yo con todos los datos que tú me des.

—Sí, será lo mejor. Llegaremos hasta el fondo de este lamentable asunto. No me extrañaría que Ondina hubiera sido asesinada, lo que aún no sé es qué pretenden.

—¿Crees que Ondina quiso abandonar la organización?

—No, ha de ser algo más complicado. Están preparando un jaque mate, un jaque mate a alguien, pero no sé a quién.

—¿Jaque mate?

—Sí, por eso van moviendo sus piezas, comiéndose a las que estorban y poniendo como cebo en los cuadros del tablero a otras que les interesan.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco, porque todavía no sé qué está tramando la organización de proxenetismo que controla a las gaviotas, un tentáculo más de la Mafia internacional.

—Michel, tengo la impresión de que mis horas están contadas.

La cogió con sus manos por las mejillas, como si fuera a dirigirse a una niña.

—No te preocupes, escaparás de ésta. Serás la gaviota que vuela hacia tierras y mares mejores, más limpios.

—Michel, a cada minuto que pasa tengo más miedo.

Priscy le cogió por la cintura, apoyando su cabeza contra el tórax del hombre.

—Tú no te muevas de aquí hasta que te saque de este país.

—Michel, yo sé que no me quieres.

—Bueno, dicho así...

—No protestes. Sé que hubo un tiempo en que nos conocimos y que llegaste a amarme un poquito.

—Un poquito, no, un mucho.

—Sí, pero el tiempo pasó y yo me convertí en una gaviota. Ahora puedes despreciarme por lo que soy.

—No puedo despreciar a una mujer valiente.

—¿Valiente? —repitió, trémula.

—Sí, una mujer que es capaz de enfrentarse a esta Mafia de proxenetismo internacional es que es muy valiente.

—Lo que hago es un suicidio. Me he dado cuenta tarde y sólo me queda huir: lo que no sé es hasta dónde conseguiré llegar.

—Lejos, ya lo verás.

—Michel, ¿todavía puedes desear a una mujer como yo?

—Cualquier hombre que no sea de piedra ha de desearte.

—Michel, Michel, necesito comunicarme, necesito comunicarme...

—Lo estamos haciendo, ¿no?

—No eres ningún tonto. Michel. Necesito comunicarme íntimamente contigo, lo necesito, tengo la impresión de que ha de ser la última vez.

—Es que yo...

—No sientes nada por mí, ¿no es cierto?

—Ya te lo he dicho, cariño.

—Michel, ¿te repugno?

—Qué tonterías dices.

—¿Tan difícil es para ti aceptar? ¿Por qué habéis de ser siempre los hombres los que proponéis situaciones como ésta, por qué habéis de pedir siempre vosotros a la mujer que se acueste bajo vuestra virilidad, por qué?

—No sé, quizá porque ha sido siempre así.

—Siento necesidad real de comunicarme, es como el que agoniza y quiere ver la luz, el sol, el cielo, el mar.

Comenzó a desabrocharle la chaqueta y Michel no tardó en notar las manos femeninas deslizándose por el interior de su camisa de cuello de cisne.

—Tengo una cita.

—Que espere —replicó ella con voz ronca.

—No deseo llegar tarde.

—Déjame a mí, Michel. Si no lo consigo, será culpa mía.

Priscy no era una mujer acabada. Era joven, hermosa, de silueta alta y bien redondeada en pechos y caderas. Debían de haber pagado mucho dinero los oficiales de la Navy por acostarse con ella.

Lo que ahora suplicaba Priscy era comunicación, humana y sexual. Michel, que la había visto tan asustada, creyó que no podía negarse a aquella petición y rodeándola con sus brazos, la besó en

los labios con toda la profundidad de que fue capaz. Y aquello solo habría de ser el principio de una comunicación que si bien duraría poco tiempo, una hora como máximo, habría de dejar más que satisfechas las ansias de Priscy.

CAPÍTULO X

En el *pub* Nerón había bullicio de charlas animadas. Era un local grande y, sin embargo, como paradoja conservaba una gran intimidad o, por lo menos, así lo creían quienes acudían a él.

Gran parte de las mesas estaban ocupadas.

La luz era de distintos colores, sin intermitencias, de tal modo que quien lo deseaba, podía quedar cerca de una luz verde, roja, azul, amarilla e incluso blanca, aunque esta última tenía escasa potencia. Era obvio que allí no se iba a leer.

Michel era uno de tantos en el largo mostrador, aunque podía destacar por su elevada estatura.

Sus cabellos negros no le hacían extraño entre los italianos y sus ojos verdes semejaban los de un gran felino al acecho, con los músculos dispuestos a dispararse y saltar sobre su presa.

Observaba la puerta de reajo, los clientes entraban y salían.

Al fin vio entrar a una mujer sola cuyo aspecto correspondía a la descripción que Priscy le había dado sobre la *signora* Marietta.

Michel tenía la mente despejada y las piernas ligeras.

Se sentía como libre de cargas, de pesos, casi con posibilidades de volar a través del humo y caer donde mejor le pareciera.

Pese a la escasa luz, a Michel le pareció que aquella mujer madura aún podía dar mucho placer en la cama a quien supiera gozarla, conservaba un mucho de su hermosura.

Sus cabellos largos estaban recogidos en parte en un complicado peinado que tenía más de elegancia innata que sofisticación burda y zafia.

Era algo ancha de caderas, pero su redondez de nalgas atraía las miradas de los hombres como un objetivo a cubrir.

Sus senos eran grandes y Michel se dijo que ella sí llevaría

sujetador; no obstante, estuvo seguro de que aunque se lo quitara, aquella mujer no vería caer sus pechos que debería mimar como a las niñas de sus ojos. De no haber usado sostén desde la pubertad, ahora si sus mamas caerían largas y flácidas sobre la cintura.

La vio avanzar entre las mesas, vigilante, como una prostituta que busca cliente, calibrando a los hombres solos que veía para saber lo que podían dar de sí y si eran fiables o no.

La dejó moverse entre las mesas para ver qué era lo que hacía al tiempo que vigilaba la puerta por si algún guardaespaldas la seguía para protegerla.

Entraron dos parejas y nadie le pareció sospechoso.

Michel no era tan ingenuo como para no darse cuenta de que se estaba jugando la piel frente al grupo de proxenetas internacionales que debían suponer que él trataba de chantajearles y eso, ellos jamás lo perdonaban.

La madura pero todavía hermosa Marietta, después de mirar a su alrededor y pasear su inquisitiva mirada por todos los hombres solitarios sin detenerse demasiado tiempo en ninguno de ellos, optó por sentarse frente a una mesa pequeña iluminada por una luz verdosa y tenue que daba a su rostro un aspecto de mujer alienígena, quizá venusina según la imaginación creativa de algunos cómics coloristas.

Observó que un desconocido se acercaba a ella con un vaso en la mano. Tenía los ojos encendidos de lascivia y se inclinó para decirle algo al oído. Ella se volvió para mirarle y le dijo algo que Michel no pudo oír.

El hombre miró en torno suyo, suspicaz, y se retiró dejándola sola de nuevo.

El francés abandonó su taburete de la barra y se acercó a la mesa, cogió una silla y se sentó.

Marietta clavó sus ojos en él; no dijo nada, esperó a que el hombre fuera quien abriera la boca en primer lugar.

—Soy Michel.

—El chantajista.

—Todavía no le he pedido nada.

—Una cita.

—Eso es cierto.

El sonrió y Marietta supo apreciar el hermoso color verde de sus

ojos. Apartó su mirada para no quedar sugestionada, seducida por ellos.

Era mujer y se dio rápida cuenta de que aquellos ojos felinos eran peligrosos, muy peligrosos, no podían mirarse de cerca y fijamente.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó ella abriendo su bolso, pequeño y de piel de cocodrilo. Sacó una pitillera de oro y se puso un cigarrillo entre los labios. No invitó al francés, como deseando darle a entender que su persona no le era grata.

—Marta Hamilton.

—Eso queda fuera de mis posibilidades.

—¿Por qué?

—Porque no sé de quién me habla.

—¿Sigues haciéndote la sueca? —rezongó, apeándole todo tratamiento, como si hablara con una furcia con la que deseara ponerse de acuerdo. Iba al grano y la *signora* Marietta no tardó en darse cuenta.

—¿Y si sigo haciéndome la sueca por muchos años?

—No lo harás.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque yo puedo presionarte.

—¿Ah, sí, cómo?

—Si los americanos se enteran de que una súbdita suya ha sido raptada, se enfadarán y la policía italiana tendrá que intervenir.

—¿Qué crees que puedes decirle a los americanos?

—Muchas cosas.

—¿Cuáles?

—Eso se lo diré a ellos si sigues haciéndote la sueca y te aseguro que cuando la bola comience a rodar, no habrá quien la pare y al príncipe Testúggine no le va a gustar.

—¿Por qué al príncipe Testúggine?

—Porque es obvio que tú estás a sus órdenes.

—Si crees eso, ¿por qué me has llamado a mí y no a él?

—Porque creo que puedes tener el suficiente sentido común para hacerle comprender al príncipe que es preferible que esta partida quede en tablas. Si se lo dijera yo directamente podría entrar en juego su orgullo personal y ponerse terco. Eso le perjudicaría y, la verdad, aunque ese príncipe sea un proxeneta de altos vuelos, no

tengo ganas de perjudicarlo.

—Tú no eres americano, ¿verdad?

—¿Importa eso?

—No, no importa en este momento.

—Mejor.

—Michel, nos vamos a ir ahora de aquí.

—¿Adónde?

—A un lugar más discreto para poder seguir hablando.

—Prefiero continuar aquí.

—¿Te crees más seguro? —preguntó, con una ironía que rayaba en el sarcasmo.

Michel se dio cuenta de que ella se sentía tan segura como si estuviera empuñando un revólver cuyo cañón apuntara a escasos centímetros de los ojos del hombre.

—Si, ¿por qué no?

—Pues eres un idiota, sí, un idiota —le dijo, con la facilidad de palabra propia de los italianos.

—¿Quieres decir que aquí mismo puedes eliminarme como a un estorbo que se quita de en medio y se deja para el basurero?

—Más o menos.

—Lo dudo.

—Me decepcionas, Michel. El chantajista ha de ser un zorro, el más astuto de los hampones porque es el que más peligro corre. En cambio, tú ahora te muestras como un ingenuo. Mira, en una mesa cercana hay alguien que tiene una botella de champaña al alcance de su mano.

Michel miró en derredor y, efectivamente, descubrió a un hombre solitario que ante sí tenía una botella de champaña dentro de un cubo de acero inoxidable. Parecía estar aguardando a alguien con quien compartir la bebida espumosa.

—¿Y?

—Cuando él descorche la botella, tú morirás.

—No me digas —le replicó Michel, desafiante—. ¿Acaso esa botella contiene

goma-2

?

—Oh, no, será una muerte discreta, una muerte que tardará en ser advertida. Yo me iré y aquí no habrá pasado nada.

—¿Tan sencillo?

—Sí, porque hay otro hombre que ya empuña un juguete entre sus dedos.

—¿Dónde?

—¿Qué te parece si oculta el juguete debajo de una gabardina sostenida por el brazo?

Michel volvió a pasear su mirada inquisitiva, mirada de felino, y descubrió a un hombre que sostenía la gabardina en el brazo, ocultando su mano. No veía el juguete del que hablaba Marietta, pero era muy posible que existiera.

¿Cómo no se había dado cuenta de la presencia de aquel tipo junio a la barra? ¿Habría llegado hacía rato?

—Veo que lo has descubierto. Ese hombre sería capaz de encenderte un cigarrillo de un balazo desde donde está y sin apuntar, con sólo apretar el gatillo. Ah, el juguete lleva silenciador. ¿Entiendes el porqué de la botella de champaña? Nadie se va a enterar de nada.

—Si yo muero, la pelota puede comenzar a rodar.

Ella le miró de frente, como demostrándole que no tenía miedo a sus ojos verdes.

Se mostraba como la zorra que lleva muchos años en el oficio y que se halla ante un novato en tales lides.

—Que ruede, tenemos nuestros asideros. Ah, y tú no verás el final porque te sacarán de aquí con los pies por delante y la cara tapada. Una pena que esos ojos tan bonitos que tienes se vayan a pudrir dentro de poco. ¿Tienes tarjeta de donante de ojos? Sería una labor humanitaria por tu parte, alguien aprovecharía esa maravilla que te ha dado la Naturaleza.

—Es posible que hagas un poco de teatro y las cosas no sean tan graves como me las pintas.

—Lo que estás pidiendo es una demostración. ¿No es cierto?

—Cuando quieres, te enteras de lo que digo.

—Es una de mis habilidades, abrir o cerrar las orejas cuando me interesa. Ahora verás, fíjate bien en lo que hago.

Quitó el cigarro de entre sus labios, sosteniéndolo con la diestra. Con la zurda, del interior de su bolsito de piel de cocodrilo, sacó una polvera de nácar con piedrecitas incrustadas que podían ser esmeraldas o simples imitaciones.

Sostuvo la polvera en su mano y Michel pasó su mirada de la polvera a los ojos burlones de la mujer; luego, al hombre de la botella de champaña el cual había alargado la mano y tomado la botella mientras el pulgar comenzaba a forzar el tapón.

No cabía duda de que los movimientos estaban sincronizados. La polvera, la botella de champaña a punto de ser descorchada...

Miró al hombre de la gabardina y comprobó que éste se había girado, ahora daba la espalda al mostrador.

Su mano, invisible bajo la gabardina, parecía apuntar a Michel.

Los ojos del sicario le observaban sin disimulo y eran unos ojos pequeños, algo alargados, inexpresivos.

Aquel tipo no debía saber lo que era una conciencia, debían pagarle por cadáver y eso, hasta podía gustarle.

—Si oprimo el resorte de la polvera y se levanta la tapa por la acción del muelle, eres hombre muerto, Michel. Te aseguro que jamás en tu vida has estado tan cerca de la muerte como en este momento. Tu vida depende de una leve presión de mi dedo, todo está sincronizado. La gente desviará su mirada hacia la botella de champaña que espumeará y nadie se dará cuenta del imbécil que se quedará quieto en su butaca, con la cabeza hacia delante, como adormilado. La bala traspasará el respaldo de la silla y te entrará por la espalda. Hasta que la sangre se encharque en el suelo, habrán de pasar unos cuantos minutos, los suficientes para que mis amigos y yo estemos lejos, muy lejos de aquí.

—Marietta, tienes tal poder de persuasión que estoy dispuesto a seguir charlando contigo en ese lugar más discreto que me has sugerido.

—Buen chico. Después de todo, no eres tan tonto como para cometer lo que podríamos llamar la última estupidez.

Michel se levantó cuando ella ya guardaba la polvera en su bolso de piel de cocodrilo.

El individuo de la botella de champaña apartó su mano de ella, pero el de la gabardina se mantuvo vigilante.

CAPÍTULO XI

El rostro del almirante Harry Evans transpiraba preocupación.

Fumaba nerviosamente, algo insólito en él, y sus ojos no miraban en derredor sino hacia su interior, buscando recuerdos que ya creía sepultados en el pasado y que de pronto, resurgían con fuerza, haciendo saltar la tapa de la sepultura.

Vestía de paisano. A su lado, el teniente Lewison, comandante de la compañía de Military Police, también vestía como un civil.

Lewison era el hombre frío de siempre y conducía con seguridad el automóvil grande con matrícula norteamericana.

No hablaba; guardaba respeto ante el silencio del almirante que le había ordenado que le acompañase dándole una dirección pero sin decirle de qué se trataba.

—Ésa es la casa, señor.

Se hallaban a algo menos de treinta kilómetros de la ciudad, hacia el interior. El lugar estaba soleado, el día era fresco pero el cielo aparecía despejado.

El coche se detuvo frente a la verja de una finca rústica antigua, con una casa que no parecía muy grande. La puerta de hierro permanecía entornada y cerca no se veía ningún otro automóvil.

El almirante sacó un micro-emisor que puso en la palma de su mano, mostrándolo a Lewison.

—Si le llamo por el emisor, acuda inmediatamente.

—A la orden, señor.

—Oirá mi llamada por el receptor de radio del automóvil en FM.

Movió el dial hasta centrarlo debidamente. Abrió su emisor y se produjo un acoplamiento, indicativo de que aquélla era la banda de recepción adecuada.

—Mientras tanto, permanezca aquí. El teniente Lewison asintió.

El almirante Evans se apeó del coche, empujó la verja y ésta cedió.

Las malas hierbas crecían por todas partes, se notaba que el lugar estaba abandonado. Observó el suelo y no descubrió huellas recientes de vehículo alguno.

No esperaba ninguna trampa.

De súbito, recordó al capitán Coldman, comandante de la compañía de la Military Police destinada a su agrupación naval.

El capitán Coldman merecía todos sus respetos, era un hombre duro y efectivo en el que se podía confiar, pero había sido asesinado y aún no se sabía por quién.

Por un instante se preguntó quiénes podían ser los dos marines yanquis que le habían matado, si es que efectivamente eran yanquis.

Mascó la soledad en torno suyo, no le gustaban las casas abandonadas.

Si estaba allí era por un motivo importante, un motivo privado, era cierto, pero como elemento importantísimo de la marina de guerra norteamericana, se había hecho acompañar por el teniente Lewison.

No era partidario de hacer aquel tipo de salidas. Su rango le hacía ser más precavido en todos sus movimientos y actuaciones; sin embargo, aquella ocasión la creía distinta, muy distinta. Le había afectado emocionalmente, lo cual no era habitual en él.

Descubrió una escalera que luego se abría en dos, la casa estaba en alto. Las paredes, de color ocre claro, se veían desconchadas en muchos puntos.

Algunas ventanas estaban cerradas con las contraventanas de madera: a otras les faltaban parte o todas las contraventanas y los cristales se veían rotos, quizá a pedradas.

Cerca de aquella casa que tenía viñedos detrás, no se veía ninguna otra edificación; sin duda alguna, aquel lugar había conocido tiempos mejores.

La puerta no se resistió, aunque gruñó al empujarla. Pese a ser invierno, estaba seca, la casa se hallaba encarada al sur.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó con un tono de voz que trataba de ser enérgico, aunque comenzaba a pensar que lo mejor era retirarse.

Se internó por una sala y miró en derredor. Había varias puertas, pero allí no quedaba un mueble ni un cortinaje. El abandono y el deterioro de aquella casa, abocada a la ruina total era más que evidente.

Sus pasos resonaban de tal forma que destacaban aún más la opresiva soledad. Sacó el micro-emisor y abrió la comunicación.

—Teniente Lewison, siga en su sitio. Si ve a alguien, toque el claxon para advertírmelo. Cerró la comunicación, seguro de que el teniente le habría escuchado.

Miró en las estancias y no encontró nada. Entonces, se fijó en la amplia escalinata recta, sin curvas, que ascendía al piso que tenía aquella edificación rústica que, sin duda alguna, debía haber pertenecido a gentes pudientes de un determinado tiempo.

Se adentró en lo que debió ser una alcoba y anduvo hasta la ventana por la que entraba el sol.

Los cristales estaban sucios, casi opacos, pero había muchos de ellos rotos y por los agujeros miró al exterior. Vio el automóvil que le aguardaba más allá de la reja desvencijada de la entrada.

«Será mejor que me marche. Esto ha sido una broma de mal gusto».

Iba a encaminarse ya hacia la escalera cuando escuchó un gemido que le hizo volverse. Provenía de otra estancia que, al igual que las demás, tenía las paredes desconchadas, con papeles medio arrancados y huellas de cuadros colgados.

Fue hacia la alcoba presidida por una cama con somier de tablas, sin colchón. Junto a ella, en el suelo, descubrió el cuerpo joven y bello de una mujer totalmente desnuda. Cerca no había ropa alguna.

El almirante Harry Evans se quedó quieto, receloso. Aquel cuerpo de mujer caído sobre el piso de madera podía ser un cebo que él no debía tragarse.

De su bolsillo sacó el micro-emisor, dispuesto a llamar al teniente Lewison para que acudiera a solventar aquella situación; pero la mujer se movió y su rostro quedó ladeado.

—Beatriz... —En su frente golpeó con fuerza el recuerdo del pasado.

—No, no, Beatriz, no, tú eres Marta, su hija...

Se quitó la chaqueta y se acercó a la muchacha, cubriéndola y

arrodillándose al mismo tiempo junto a ella.

—Marta, Marta, ¿me oyes?

Trabajosamente, la muchacha abrió los ojos y descubrió al almirante. Le miró como tratando de reconocerle, como buscando no enloquecer.

—Almirante...

—Sí, sí, soy el almirante Evans.

Levantó sus brazos que temblaban y que apenas pudieron llegar al cuello del hombre, aferrándose a él. El marino notó el temblor que la debilidad producía en la joven.

—Quieren matarme.

El almirante vio que los ojos femeninos se humedecían.

—¿Qué dices, criatura?

—Sí, sí, almirante quieren matarme para complicarle a usted la vida, no sé cómo. Me mareo, todo me da vueltas...

Me han estado sacando sangre para debilitarme, para hacerme parecer enferma. Me siento mal, muy mal.

El almirante Harry Evans miró el pliegue del brazo de la muchacha y vio el hematoma que allí tenía, secuela de sufrido una punción extractora de sangre.

—Pero ¿quién, quién ha sido?

—Los chulos mafiosos que llevan a las gaviotas.

—No temas, muchacha, nada te sucederá.

—Sálvame, no quiero morir.

—Ha llegado demasiado tarde, almirante —dijo de pronto una voz desconocida, con fuerte acento italiano.

Se volvió y vio primero a uno, luego al otro. Eran dos hombres de estatura elevada y muy corpulentos. Ambos vestían el uniforme de los Military Police de la Marina.

Llevaban sus porras de madera y uno de ellos empuñaba además una pistola equipada con silenciador con la que encañonaba al almirante.

—¿Qué significa esto?

—Jaque mate al almirante —silbó uno de ellos.

—¿Qué pretenden?

El otro desnudó su porra y advirtió:

—Se portará bien o habrá baile de bastones.

—Eso os costará un consejo de guerra —amenazó. De pronto, su

rostro se iluminó, como descubriendo algo que estaba clarísimo—. No os conozco, no os he visto jamás... Soy buen fisonomista y vosotros no pertenecéis a la Military Police, no sois de la flota.

El de la pistola sonrió.

—Va a resultar usted hasta listo...

Sin dejar de encañonarle, se inclinó sobre Marta y de un tirón le arrebató la chaqueta, dejándola desnuda nuevamente.

—Se ha metido en la trampa, almirante —rezongó el otro—. Pórtese bien y no le sucederá nada desagradable.

—¡Mi chaqueta! —exigió.

Intentó cogerla, mas el falso marino le propinó un porrazo en los riñones que le obligó a doblarse hacia atrás, gimiendo de dolor.

—Si se porta mal el primer balazo lo recibirá la chica y usted no querrá que muera una inocente que, por suerte, se parecía mucho a su amada Beatriz, la amante que tuvo cuando usted era capitán y visitaba los puertos italianos con la flota.

—¿Cómo lo sabéis?

—No se pierde nada, almirante. Nuestros capos tienen un buen archivo y su nombre estaba en él como posible jefe de la marina americana al paso de los años y así ha sido. De Beatriz también teníamos fotografías y no llore por ella, murió de sífilis en un burdel barato. No era más que una vulgar ramera; bueno, en eso se convirtió después de que usted la dejara. Ya sabe, usar y tirar, como una servilleta de papel, y ahora usted se creía que esta chica era hija de su amada, que incluso podía ser hija suya.

—Quítese la camisa —le ordenó el otro asesino.

—¡No!

La porra se alzó, amenazadora; su compañero le contuvo.

—Almirante, si apunto a la chica y disparo, con el grueso calibre de la bala que está en la recámara, va a quedar usted salpicado de sangre y se verá comprometido lo mismo.

—¿Qué es lo que quieren en realidad?

—Que usted se comprometa a dejar libres a ciertos arrestados que están en su buque insignia, a unos americanos a los que quiere juzgar en consejo de guerra.

—Conque era eso...

—Sí. Usted los dejará en paz y arrojará al mar el informe del capitán Coldman. Todo seguirá como si nada hubiera ocurrido.

Digamos que el capitán Coldman se pasó en su exceso de celo. Usted arreglará este asunto.

—¿Coacción para verme convertido en cómplice de una organización de tráfico de drogas dentro de los barcos de la Navy y también de proxenetismo?

—No le vamos a pagar nada, así es que su conciencia quedará tranquila; pero si no deja en paz a los muchachos arrestados y hace desaparecer los informes del capitán Coldman, evitando que pasen a manos del juez militar americano, usted se verá envuelto en un escándalo mayúsculo. Alguna revista italiana publicará fotografías tuyas, de su amante Beatriz, la vida y la muerte que ella tuvo y también fotografías de usted, aquí y ahora. Las tenemos ya y hasta se hablará de un posible incesto, porque creía que Marta era su hija natural.

—¡Todo eso es basura, calumnias!

El de la porra le asió por el cuello de la camisa y se la arrancó por la espalda al tiempo que le daba un golpe con la porra. Terminó dejándolo con el torso desnudo y dándole un violento empujón, lo lanzó sobre la muchacha.

Sacó una pequeña cámara de fotografiar y disparó varias veces desde ángulos distintos.

—Ponga un poco más de pasión, almirante, que la chica está buena —se burló el de la pistola.

Alzó su mano y de detrás de un papel desconchado, sacó una máquina de fotografiar que funcionaba por control remoto.

—Le advierto, almirante, que no va a servir de nada que llame al chófer que se ha traído. Si comete una torpeza, habrá tiroteo.

Le sacaron diversas fotografías que, según como fueran publicadas, podían inducir a equívoco, ya que incluso el rostro lleno de ira del almirante podía tomarse como de pasión lasciva y desenfadada.

Uno de los falsos MP sacó del bolsillo de la chaqueta de Evans el pequeño micro-emisor. Lo dejó caer al suelo y lo aplastó con el tacón. Después, le arrojó la chaqueta a la espalda.

—Vístase y lárguese.

El almirante tomó su chaqueta y mirando a Marta que seguía con los ojos húmedos de lágrimas, llena de miedo, preguntó:

—¿Y la muchacha?

Ella se queda aquí. Si usted se comporta tontamente y no se larga por donde ha venido, oirá un disparo y si así ocurre, considere que ha sido usted y no otro el que ha matado a la chica. La pobre está tan débil que no va ni a moverse cuando la ejecutemos, si es que usted no dice amén.

—Te salvaremos, Marta, te salvaremos —dijo el almirante con voz ronca.

En los ojos femeninos vio que ella no creía en sus palabras; sin embargo, le agradecía que las hubiera pronunciado.

—Esto no es el final —masculló el almirante, saliendo de la casa en dirección al coche donde aguardaba el teniente Lewison, fumando un cigarrillo tras el cual ocultaba una sonrisa sarcástica.

Un portazo, el ruido de un motor alejándose y una voz de mujer que suplicó:

—No me maten, por favor, no me maten...

CAPÍTULO XII

La propia *signora* Marietta conducía el automóvil, un lujoso Mercedes Benz de color oscuro.

Michel había sido «invitado» a sentarse en el asiento posterior y junto a él se acomodó el hombre que debía haber descorchado la botella de champaña para disimular el ruido del disparo con silenciador.

Junto a la conductora iba el individuo de la gabardina que mostró el arma a Michel para que se convenciera de que la cosa iba en serio.

—Y ahora, ¿el clásico paseo al estilo de sus ancestros que anduvieron por Chicago? —preguntó Michel Sonriente, como demostrando que no les temía.

Marietta le lanzó una mirada a través del espejo retrovisor cuando se detuvo frente a un semáforo rojo; no deseaba llamar la atención.

—Eres un tipo muy tonto pese a lo listo que te crees. El vehículo reanudó la marcha.

Salieron de Génova y tomaron una carretera secundaria.

En determinado punto se salieron por un camino, pero no se apartaron de la carretera más que una decena de metros.

Marietta dijo:

—Ahora serás buen chico y te dejarás tapar los ojos. Te darás cuenta de lo que eso significa, ¿verdad?

—Sí, es una posibilidad de vivir.

—Eso es. Si fuéramos a matarte no importaría taparte los ojos. Así es que pórtate bien y saldrás ganando la vida, que no es poco.

Michel tuvo que soportar que le taparan los ojos con tela adhesiva ancha. Encima le colocaron unas gafas negras para

disimularla.

El automóvil reanudó la marcha.

Michel no conocía aquella carretera, pero si había de recorrerla de nuevo creía poder conseguirlo.

—¿Es bonito el paisaje? —preguntó mordaz.

—Precioso, lástima que todo sea tan negro para ti —le respondió la propia Marietta. Al fin la marcha disminuyó.

Por los movimientos del auto, Michel dedujo que se habían salido de la carretera y rodaban por un camino lleno de baches que no ofrecía ninguna garantía.

El coche se detuvo y también el motor.

—Abajo, final de trayecto —dijo la mujer.

—¿Puedo quitarme ya las gafas?

—Ni lo intentes.

—¿Cuánto me queda de vida? —preguntó una vez en tierra, moviéndose en círculo y utilizando sus tacones como ejes.

—Depende de ti —respondió uno de los tipos que le conducía empujándole. Le hicieron caminar y bajo sus pies, Michel no notó nada edificado.

No tenía ni la más remota idea de dónde se hallaba.

—Bueno, amiguito, ahora nos dirás todo lo que sabes —silabeó Marietta, tocándole la nariz con la punta de su dedo índice derecho.

—La verdad es que no sé mucho.

—En el *pub* parecías muy enterado...

—Bueno, cuando uno quiere pedir algo, siempre ha de demostrar que sabe más de lo que realmente sabe.

—Muy gracioso —rezongó la *signora* Marietta.

Michel tuvo que encajar en la boca del estómago el más duro de los puñetazos recibidos en su vida, un puñetazo que no esperaba y contra el cual no podía estar prevenido.

Le cazó de lleno y lo envió al suelo, dejándole sin respiración.

—¿Ves como hacerse el gracioso resulta muy doloroso? —rezongó la mujer, maligna como un áspid.

—Yo no sé nada.

—Tú sabes mucho y te conviene hablar.

Unas manos cogieron las suyas desprevenidas y le pusieron unas esposas.

Michel, ante el acero que se cerraba en torno a sus muñecas, se

rebeló sin conseguir soltarse.

—¿Qué pretenden?

—Te vamos a dejar más suave que un guante —silabeó uno de los hombres, con un marcadísimo acento italiano.

Michel recibió una patada en la cabeza que se la hizo girar violentamente y entonces notó hojas; debía estar junto a un arbusto.

—¿Quién te lo ha contado todo? —preguntó aquella mujer que se estaba mostrando tan despiadada.

—Un pajarito.

Encajó otra patada, pero al dar aquella respuesta y previendo un nuevo golpe, se contrajo para disimular el efecto.

—Ha tenido que ser Priscy. ¿Dónde ocultas a esa zorra?

—En el zoo.

Uno de los matones hizo ademán de volver a golpearle, pero Marietta le contuvo.

—Espera... —Hubo un silencio. Michel pudo oír los pasos de la mujer acercándose a su cabeza.

Le quitaron las gafas y Michel notó una presión dura sobre uno de sus ojos, cubiertos con tela adhesiva.

—¿Sabes qué es lo que tienes sobre el ojo?

—Imagino que no es un saltamontes.

—Muy bien, guapo, has acertado; no es un saltamontes, sino el tacón de mi zapato. ¿Imaginas también lo que puede pasarte si hago presión?

Michel tragó saliva, la situación era de lo más difícil. Estaba cegado por la cinta adhesiva, maniatado por unas esposas, a merced de unos asesinos profesionales y con aquella fiera de mujer sin escrúpulos ni conciencia ansiosa de torturarle en la forma más abyecta; sin embargo, no quiso dejarse llevar por el pánico.

—Tú has dicho que mis ojos son muy bonitos.

—Qué pena entonces destruir algo hermoso.

—¡*Signora* Marietta, *signora*! —gritó de pronto una voz que sonó lejana.

—¿Sí, Santone?

—¿Puede venir aquí, *signora*?

Marietta, impaciente por saber cómo había ido todo con el almirante, pues se hallaban en la casa rústica abandonada, contestó:

—¡Ahora mismo voy! Tú, ven conmigo, y tú, vigílalo.

Michel, cegado, aunque la luz llegaba hasta él pese a tener los párpados cerrados por la tela adhesiva, oyó los pasos alejándose y después, voces distantes.

Quedó tenso, esperando.

Oyó un chasquido que identificó como el encendido de un mechero y pensó que era el momento de arriesgarse.

Alzó sus manos esposadas y se quitó parte del esparadrapo que le tapaba los ojos. Descubrió al matón que estaba delante de él, casi dándole la espalda y mirando hacia la casa.

«Michel, si no lo haces ahora, no vivirás para intentarlo de nuevo», se dijo.

Se encogió sobre sí mismo y se levantó muy despacio para evitar el crujido de las hojas, mas no pudo impedir un pequeño ruido que hizo que el asesino se volviera hacia él.

Michel dio un salto como si de un felino se tratara y con las manos juntas, con los aros de las esposas golpeó sobre la frente del mafioso que no pudo esquivar el contundente impacto que hizo crujir su cráneo.

CAPÍTULO XIII

La alcahueta, acompañada de uno de sus guardaespaldas, llegó a la estancia donde aguardaban los dos asesinos vestidos con el uniforme de marinos de la Military Police. Pudo ver a Marta que había sido colocada sobre la cama con sorber de tablas. La muchacha gemía.

—¿Ha venido el almirante? —preguntó, ansiosa.

—Sí, y tenemos las fotos —contestó uno de ellos, mostrándole las dos cámaras fotográficas.

—¿Son buenas?

—Sí, muy buenas —le dijeron.

—Es que no podemos fallar.

—El almirante se ha ido caliente, ha querido hacerse el héroe.

—¿Y?

—Hemos tenido que darle unos golpecitos.

—¿Se lo notarán?

—No —denegó el que tenía la pistola con silenciador.

—Menos mal, hay que tener cuidado. Ahora seguro que cederá.

—Sí, seguro —asintió uno de los falsos MP. El otro explicó:

—Le hemos contado lo que debe hacer. Si sabe lo que le conviene, soltará a los contactos que tenemos dentro de los barcos de la Navy y lanzará el informe al mar.

—No sé —dudó Marietta—. Esos tipos son duros, demasiado duros.

—No, *signora*. Para esa clase de sujetos, lo primero es su carrera militar y también su prestigio. Además, si comete un patinazo, no sólo se perjudicará a sí mismo sino también a la Navy y él lo sabe.

—Tengo que fiarme de esas fotografías —dijo, señalando las dos cámaras.

—Si falla una queda la otra, pero no fallarán.

—Si salen mal las fotos, te juro que hago que te desuellen vivo y luego te metan en un bidón y lo rellenen de cemento.

—No hay cuidado.

—¿Y Lewison?

—Se ha portado bien. El almirante lo lleva como chófer y ni se ha dado cuenta de que trabaja para nosotros.

—Perfecto, así tendremos siempre vigilado al almirante. Si comete una estupidez, lo sabremos muy pronto. Además, podemos utilizarlo para pasarle mensajes al almirante que se sentirá constantemente vigilado.

—Y con la chica, ¿qué hacemos ahora?

—Prepárate, tomarás las últimas fotografías.

Marta les miró, avergonzada de su situación, humillada hasta lo más hondo. Se encogía sobre sí misma para cubrirse con manos y brazos.

No tenía fuerzas para intentar nada, ni siquiera correr, se mareaba; sin embargo, lo había oído todo, tenía la conciencia clara.

Marietta miró a los hombres. Señaló al falso policía militar que tenía una pistola en la mano con el silenciador y dijo:

—Tú te encargarás.

—¿De qué?

Sonrió malignamente.

—De la ejecución.

—¿De la chica?

—¿Hay alguien más?

—Sí el tipo que acabáis de traer.

—De él ya nos ocuparemos luego, primero hay que sacarle de la tripa algunos datos. Sabe demasiado y tiene que decirnos dónde se oculta la traidora de Priscy.

—¿Hay que liquidaría ahora mismo? —inquirió el de la pistola.

—Sí, y que sea una muerta con mucha sangre.

—¿Mucha sangre?

—Sí.

—Entonces, lo mejor será dispararle al cuello para que quede como degollada.

—Eso es. Que se le conserve bien la cara para enternecer, pero mucha sangre, que haga impresión en las fotografías y a la policía

cuando venga aquí.

Casi al unísono, todos repitieron:

—¿La policía?

—Sí, ya no estaremos cuando venga. Abrirán el caso y no conseguirán mucho. De esta forma, el almirante Evans, cuando vea unas copias de las fotografías, temerá ser acusado del asesinato de Marta. Un escándalo muy grande que no le conviene, le tenemos bien atrapado.

—Por favor, no me maten —suplicó Marta.

—Ya no nos sirves —le dijo Marietta, despiadada—. Ya te hemos utilizado.

—¿Como a Ondina?

—Tu hermana se murió sin enterarse —rezongó uno de los matones.

—Es cierto. Había bebido ya demasiado, sólo tuvimos que hacerle tragar unas pastillas más y cuando se adormeció en la cama, la pusimos en la bañera con suavidad y abrimos los grifos. No sufrió nada.

—¿Por qué la mataron?

—Ondina, una chica lista, al final se comportó como una perfecta estúpida. Le propusimos el juego, aceptó pero luego se echó atrás. Ya no podíamos confiar en ella y hubo que eliminarla.

—¿Lo ordenó el príncipe?

—Sí, él es el cerebro, pero yo le ayudé con mi inestimable colaboración —se rió—. Cuando te vi en el hotel, me di cuenta de que podías suplir a tu hermana perfectamente, que aún te parecías más a la desgraciada amante del almirante Evans. Entonces, sugerí al príncipe que podíamos iniciar de nuevo el proyecto de coaccionar al almirante, ya sin confiar en el cebo, por eso elaboramos tu enfermedad. Precisamente Beatriz, la antigua amante del almirante, era una mujer enfermiza.

—¡Sois unos asesinos, unos malditos asesinos! —escupió Marta.

—Hay demasiado dinero en juego, guapita. Los muchachos de la Marina tienen dólares y hay que sacárselos; además, pueden ser utilizados como camellos, droga, chicas para oficiales, un buen número de cosas. Es un chorro de millones que no cesa y no podemos tolerar que se cierre. Los convertimos en adictos a la droga y cuando regresan a su querida América siguen

consumiéndola.

Marta comprendió que aquel brazo de la Mafia Internacional estaba unido y bien ligado a la Mafia de la droga norteamericana.

—Bueno, se acabó Santone, ejecútala ya, tenemos que hacer un interrogatorio.

El falso militar apuntó al cuello de Marta que miró el ojo del arma con silenciador. No quiso cerrar los ojos, quiso ver llegar la muerte, aunque sabía que no vería nada. Todo sería rápido si el plomo entraba bien en su cuello y además de seccionarle la yugular le partía las vértebras cervicales.

—Adiós, asesinos —musitó, mirando a la muerte cara a cara.

Sonó como un taponazo y Santone quedó quieto, muy quieto. Bruscamente, cayó hacia adelante y el arma rebotó en el suelo.

Todos miraron hacia la puerta. Allí estaba Michel con los ojos destapados. Sus manos ya no se hallaban esposadas y entre ellas tenía una pistola con silenciador.

—Qué sorpresa, ¿eh?

—¡Esto que has hecho te costará la vida!

—Desnúdate, rata de cloaca —ordenó a Marietta.

—¿Desnudarme yo?

—Sí, desnúdate o tú eres la segunda y vosotros dos, hacia la pared con las manos en la nuca.

Los dos matones obedecieron, la *signora* Marietta se quedó quieta, mordiéndose los labios de rabia.

—Esto lo pagarás caro —rugió.

—¿Cómo vas a matarme, con la polvera? Anda, desnúdate, así veré si tus pechos están firmes aún o te cuelgan como badajos.

—No te atreverás a matarme fríamente.

—¿No?

Apuntó hacia su cabeza. Ella lo miró con odio infinito y comenzó a desnudarse, quedando en bragas y sujetador.

—¿Más? —preguntó.

—No, ya es suficiente, no soy tan sádico como vosotros. Ahora, contra la pared. Michel recogió las ropas de Marietta y se las tendió a Marta.

—Vístete en seguida.

—Me encuentro muy mal.

—Haz un esfuerzo, saldremos de aquí de una forma u otra.

Marta se vistió. Cuando lo hubo conseguido. Michel ya había desarmado a aquellos hombres, arrebatándoles también las cámaras de fotografiar.

—¡Eso no! —rugió Marietta.

Con el dorso de su mano armada, Michel golpeó el rostro de la *signora* Marietta, con tal dureza que la hizo caer. Ella se llevó la mano a la cara enrojecida y a la boca por la que escapaba un hilillo de sangre.

—Te acordarás de esto.

—Si, y tú también.

Cogió a Marta por el brazo y la arrastró escaleras abajo.

—¿Puedes correr?

—No, no, me mareo.

Michel le ayudó a llegar junto al Mercedes de los asesinos y la introdujo dentro de él. Se colocó frente al volante y lo puso en marcha.

—Volvemos a la ciudad.

Se alejó de la casa. Cuando llegaba a la carretera, Marta le advirtió:

—Nos siguen.

—Vaya, debían de tener otro vehículo escondido en alguna parte...

Michel se introdujo en la carretera con el Mercedes y pisó a fondo el acelerador.

Sus perseguidores hicieron lo propio, obligando a salirse del asfalto a otro automóvil que venía en dirección contraria.

Se inició la feroz persecución.

Michel no quería provocar ningún riesgo a coches inocentes y tuvo que disminuir la velocidad, ya que aquello no era precisamente una autopista.

—Se están acercando —le dijo Marta que los veía ya claramente.

—Habrá que arriesgarse un poco.

El automóvil de los mafiosos casi les tocaba. Dentro de él Marietta chillaba de rabia.

—¡Dales, dales, empújales, hazles salir de la carretera!

Se entabló una lucha espeluznante a base de golpes, movimientos de volante, chirriar de frenos... A la derecha había un terraplén, cada vez más pronunciado.

Michel trataba de evitarlo, pero se daba cuenta de que si el otro coche lograba empujarlo, haría salir las ruedas de la derecha del asfalto y se precipitarían por el abismo.

—Tendríamos que emplear una pistola —gruñó.

—Yo no puedo —dijo Marta.

El coche de los asesinos se puso a su altura y les propinaron un fuerte golpe. La rueda delantera del Mercedes patinó en el aire rozando unas hierbas, aquello podía ser el fin...

Mas de pronto, por la estrecha carretera surgió el monstruo oscuro y grande, un camión de gran tonelaje que se llevó por delante el vehículo de los mafiosos que se hallaba centrado en la carretera tratando de hacer derrapar el Mercedes en el que huía la pareja.

Cuando logró poner de nuevo al Mercedes sobre el asfalto. Michel disminuyó la velocidad.

A través del espejo retrovisor pudo ver al enorme camión que se había detenido. Bajo él ya sólo un montón de chatarra y cuerpos destrozados. La carretera acababa de cobrarse su tributo.

EPÍLOGO

El almirante Harry Evans observó con atención los carretes fotográficos.

—Gracias, muchas gracias.

—Almirante, éste es un favor personal que desearla repercutiese en favor de las gaviotas.

El marino americano miró al joven periodista francés.

—Haré todo lo que esté en mi mano; ahora bien, meter en la cárcel al príncipe Testúggine es cosa de la justicia italiana. Yo he sido un estúpido que se ha dejado embaucar emocionalmente.

—Ha salido bien de ésta.

El almirante miró a Marta preguntándole:

—¿Y tú cómo has salido?

—Con la transfusión de sangre que me han hecho, perfectamente.

—Y la otra chica, Priscy se llama, ¿no?

—Ya está de viaje, vuela hacia... Bueno, es mejor no saberlo.

—¿Hará un reportaje sobre esto?

—No. Sería demasiado sucio. Ahora tengo que enseñarle París a Marta. Nos hemos hecho muy buenos amigos.

—Gracias a ustedes pudimos arrestar al teniente Lewison que estaba involucrado también en este lamentable negocio de las gaviotas.

El almirante Evans les dio la mano efusivamente y, poco después, la pareja abandonaba el barco.

Los marinos miraron con mucho interés a aquella joven mujer que se llevaba consigo un civil alto y moreno, de ojos verdes. Para ellos se había terminado la diversión, la flota iba a hacerse a la mar.

FIN



RAFAEL BARBERÁN DOMÍNGUEZ (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio.

Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudet o Silver Kane.

Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir.

La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos solo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués.

Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas.

Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olympic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror.

Una de sus novelas del oeste, *Cinco mil dólares de recompensa*, fue llevada al cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein.

Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas.